



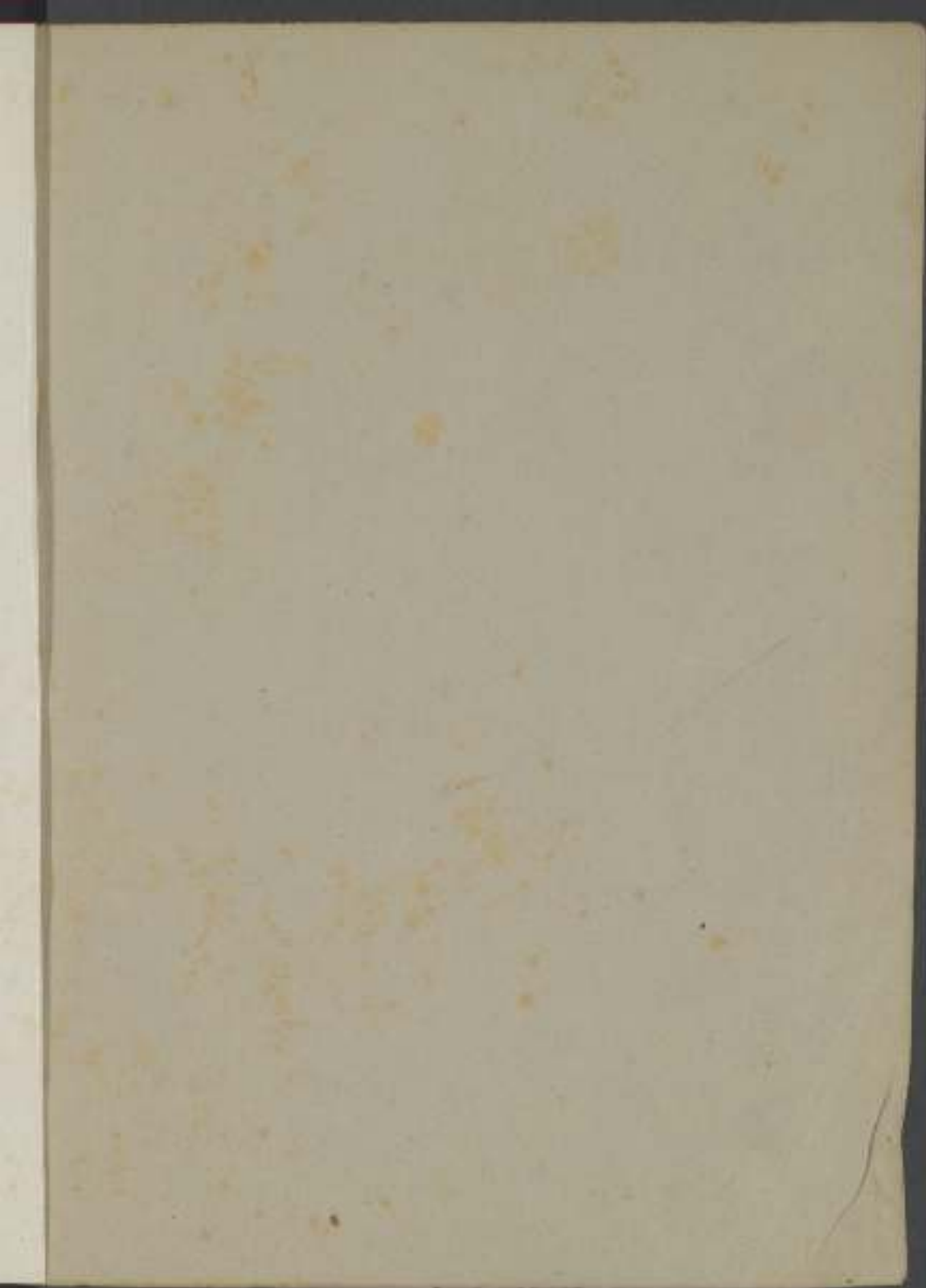
Josita
HERNAN

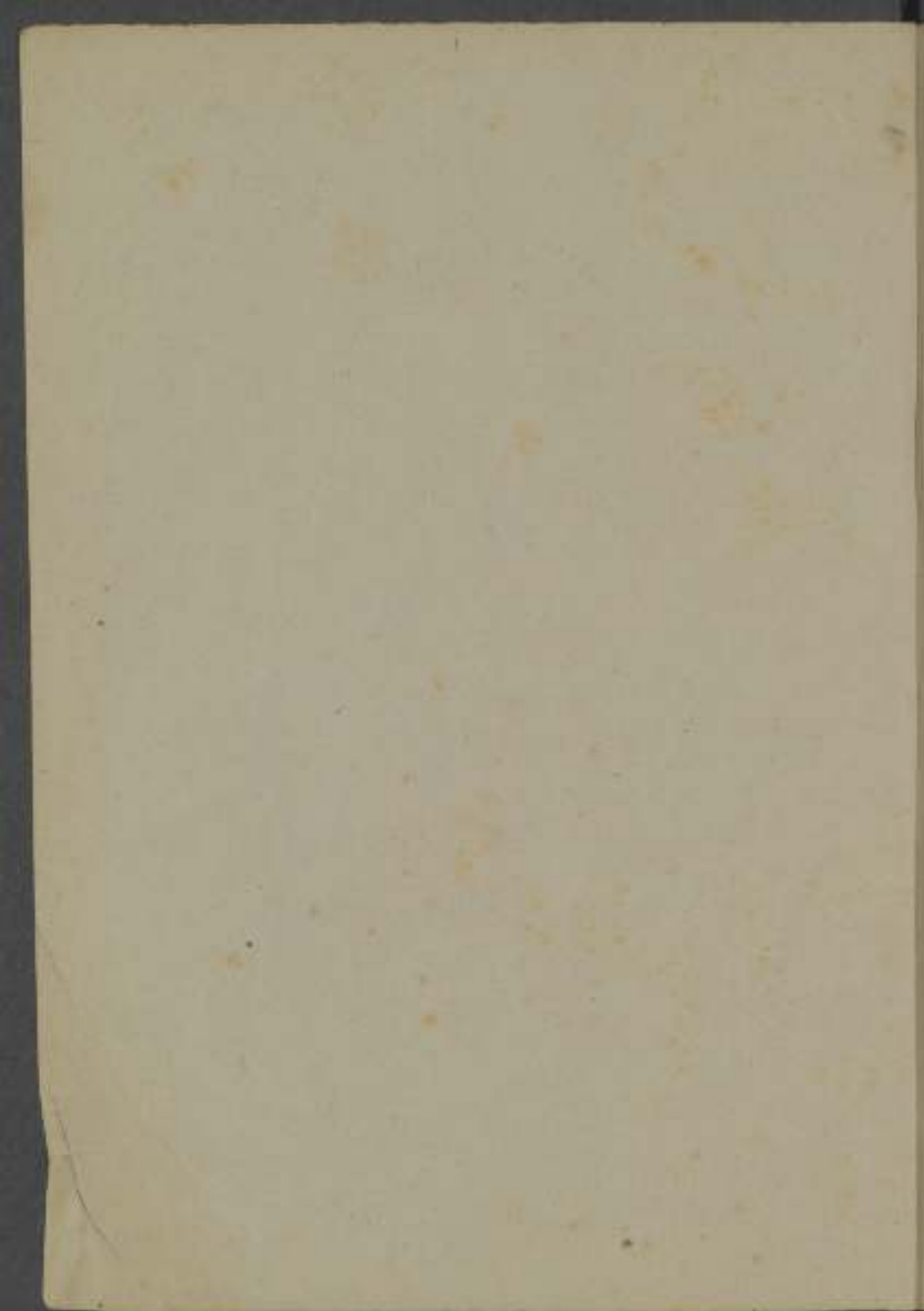
Fernando
FERNANDEZ
DE CORDOBA



ANGELA
es así







ANGELA ES ASI

124 22 2106

EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Pasaje de la Paz, 10 bis -- Teléfono 18841 -- Barcelona

Angela es así

Deliciosa comedia cinematográfica

Argumento de

ARNICHES y ABATI

Adaptación de

A. CAMPA y R. QUADRENY

Dirección

RAMON QUADRENY

Producción

CAMPA

EDICIONES BISTAGNE

PRINCIPALES INTERPRETES

JOSITA HERNÁN - FERNÁNDO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA
MARY SANTPERE - F. FREYRE DE ANDRADE

Jorge Mistral - Gema del Río - María Quadreny - Carmen Sebastián

Lupe de Molina - Pedro Valdivieso

Antonio Bofarull - Ena Alba Clement

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

DISTRIBUCIÓN:

Cataluña, Aragón y Baleares

JOSE BALART

Valencia, 227

Barcelona

Norte y Noroeste

JOSE FUSTER

Alameda Recalde, 29

Bilbao

Andalucía, Levante y Centro

C I F E S A

Vda. J. Ferrer Coll 1-1 Valencia, 197 1-1 Barcelona

ANGELA ES ASI

ARGUMENTO DE LA PELICULA

El coto de caza estaba animadísimo. Las liebres, tan rápidas como el viento, jugaban a esconderse y lo hacían con gran estrategia, como si adivinasen que en ese juego se jugaban la vida. Los hermosos perros de caza, que como locos se lanzaban de un lado a otro olfateando aquí y rastreando allá, volvían victoriosos apretando entre sus dientes la presa de sus afanes, que entregaban a sus amos moviendo la cola con gran satisfacción.

Gonzalo Rivera era, desde luego, un hombre afortunado, un cazador con suerte. Su magnífica puntería se puso de manifiesto en este como concurso en el que participaban algunos amigos suyos, todos muy diestros en este deporte. Muy orgulloso y muy ufano se reunió con los demás y juntos se dirigieron al pabellón con el corazón alegre y el estómago muy vacío.

No tardó mucho tiempo en extenderse por la casa un olorcillo agradabilísimo que hacía la boca

agua. Alrededor de la mesa estaban sentados todos charlando animadamente, riendo con bullicio y mirando con cierta impaciencia hacia el lugar por donde debía aparecer el esperado Baldo, que avanzó con gran seriedad, anunciando:

—¡Aquí están las perdices, señoritos!

—Tienen una cara riquísima—dijo Juli casi comiéndoselas con los ojos.

Baldo la miró con su natural seriedad y le expuso como aclaración:

—Al salmí, señorita.

Manolo, el amigo joven de Gonzalo, como si dijéramos el niño mimado de la reunión, haciendo gala de su buen humor y sabiéndose gracioso, le dijo a Juli:

—Sirvetela entera, que esta perdiz la maté para ti sola.

Ella, muy emocionada por la preferencia, sonrió y, melosa, le replicó:

—¡Embustero! ¿Y cómo la conoces ahora?

—Por la postura en que quedó... Encogió un ala y estiró una pata.

Les hizo mucha gracia la ocurrencia y Manolo, muy ufano y con agallas para algo más, quiso dárseles de poeta y dejar tamañito a Ruben Darío, y empezó con gran estilo:

"¡Ah, pequeñas y dulces volátiles!
Ayer alegrando con vuestros can-
[tos
las umbrías de la Podroñera... y
[hoy
aquí al salmi, ¡ay de mí!"

Juli, escuchando las preciosidades que decía Manolo, había olvidado a la perdiz inspiradora de todo aquello, que esperaba muy quietecita a que ella se la comiera entera.

—¡Venga! O te la comes entera, o la echo a volar—continuaba tercio que tercio el gran Manolo.

—Que se la coma. ¡Que se la coma!—vociferaron todos, con el propósito de insistir hasta conseguirlo.

Sólo Mary estaba seria entre tanta alegría, no participaba de la animación común, haciéndose la ausente, tal vez con el solo objeto de que "alguien" se fijara más en ella y le dedicara toda la atención, y lo logró, pues Gonzalo se dio cuenta de su extraño proceder, y como la conocía a la perfección, dudó entre hacerse también él el distraído o interrogarla para acabar con aquella desagradable situación. Al fin se decidió a preguntarle:

—Pero, mujer, ¿qué haces tan seria?

¡Qué placer interior le produjo esta pregunta a Mary! ¡Menos mal que le daba ocasión para poder hablarle del asunto que tanto le interesaba! Ahora vería Gonzalillo a qué se debía su mal humor.

—No tengo gana, Gonzalo.

—Pero, ¿por qué?

—Porque no me compra la finca.

—¡Vaya, ya salió lo de todos los días!

—Sabiendo lo que a mí me gustaría! Anda, Gonzalo, cómpramela si me quieres tener contenta.

Terc, como era muy amiga de Mary, se creyó obligada a intervenir.

—Y si señor que debías comprarla.

A Gonzalo no le interesaban abogados defensores y se dio prisa en contestar:

—¡Bueno, cállate tía!

—Ya ves que ésta tiene un chalet en Polzuelo, "Villa Tere", que es una monada—dijo Mary.

Terc, muy ufana, comenzó a alabar su villa.

—Ha sido una ganga. Diez mil duros, con jardín, agua, luz, calefacción y un magnífico cuarto de baño para bañes.

—¡Y todo por diez mil duros, Gonzalo!

—Y que ahora sé yo de una ocasión. Ramulla, el zapatero, vende junto a lo mío quince mil pies.

—¡Oyes, Gonzalo?

—No hagas caso. ¡Cómo va a

desprenderse de quince mil pies un zapatero!

A Mary no le hizo ni pizca de gracia el chiste. ¡Con lo desgraciada que se sentía!

—Anda, Gonzalo, no digas tonterías y cómprame siquiera el tren.

—¡Bueno, Mary, basta ya!

Al que le "impresionaban" de veras estas cosas era a Rodrigo. ¡Qué apetito! No comía, devoraba. Con sus hermosos molletes moviéndose sin parar, daba la sensación casi de un antropófago. Sólo cuando se reía se desvanecía ese temor, porque entonces parecía un niño glotón. A él le interesaba la conversación; ¡desde luego!, pero las pérdidas le atraían con más fuerza; además, como se podía atender a las dos cosas, él se repartía, sólo que en partes muy desiguales; de ello daba buena cuenta su plato repleto de huesecitos; pero al propio tiempo seguía escuchando la discusión sobre la finca que no sólo no había concluido, sino que ahora, precisamente, comenzaba a ponerse seria.

—¿Es decir que no me la compras? — decía Mary con aspecto amenazador.

—No, señora.

—Está bien. La culpa la tengo yo. ¡Ahora no como, ca!

Y dicho y hecho, se levantó con infusas de diosa ofendida y se dispuso a dar una escena. ¡Qué ganas de amargar la fiesta tenía! Menos mal que todos estaban más que acostumbrados a estos temporales.

—Mary, siéntate — le suplicó Gonzalo con voz cariñosa.

—¡No me da la gana! — repuso ella sin contemplaciones.

—¡A mí estas cosas me afectan mucho! — exclamó nada menos que Rodrigo.

—Mira, Mary, no empieces con impertinencias, porque no te las aguanto.

—Impertinencias y tacañerías las tuyas. ¡¡Maldita sea!!

—¡Mary! — suplica Gonzalo en vano.

—Me afectan... Me afectan mucho... — repite Rodrigo sin dejar de "devorar".

Todo en vano, la furia que lleva espuitada en el alma Mary, así como también su educación de milonga y cabaret, salen; y con qué fuerza. ¡Un verdadero terremoto!

—¡Se acabó la comida! ¡Hala, fuera todos! ¡Ay! ¡Fuera! ¡Ay!...

Y, por fin, la catástrofe con todas sus campanillas: tira el mantel, rompe la vajilla y se ensaña con todo lo que encuentra al paso como si estuviera poseída de algún espíritu diabólico.

Rodrigo, en este momento, pierde la serenidad, porque ha visto rodar por el suelo la fuente de perdices y otras cosas no menos agradables. Con un gesto no precisamente de César, se arrastra por el suelo recogiendo sus adorados tormentos, y después de estar todo bien recogido y manoseadito a la par, se va a un rincón para engullirlo y, además, para no ver todo aquello que ya sabemos "lo mucho que le afecta".

Sabino, con muy buen criterio, lleva a Gonzalo, que está agitado y muy nervioso, a una habitación contigua, mientras los otros se sienten impotentes para calmar a la fierecilla. Además, todos temen lo que no podía faltar, el consabido ataque de nervios, con los no menos consabidos gritos que son capaces de alterar al más cuerdo; y, como ninguno de los presentes pecaba precisamente por muy cuerdo, pues, claro, ya todos tenían los nervios casi tan alterados como Mary.

—¡Sujetadla, que le da el ataque!—decía Cloti, con aspecto de que le daba a ella también.

—¡Nos ha hecho el numerito!—fué la opinión de Manolo, a quien todo lo que pasaba le hacía muy poca gracia.

—¡Mary!—exclamaba Tere queriendo infundirle valor.

—¡Ay, que me da!... ¡Ay, que me pongo mala!... ¡Rafioso!... ¡Sinvergüenza!

Se ponía mala, no cabía duda, pero no perdía fuerzas; más bien le aumentaban por momentos, ya que pateaba, gritaba, gesticulaba e insultaba, todo a un tiempo.

—¡Ay, mi corazón!

—Oye, preguntadle a lo que le llama corazón.

Esto fué lo único cuerdo que dijo Rodrigo en esta memorable comida. Manolo estaba apuradísimo porque se veía impotente para sostener a aquella furia hecha persona. Por eso reclamaba la ayuda de todos gritando:

—¡Sujetadla!

¡Qué ataque! Todos ellos estaban acostumbrados a escenas de esta clase, pero, la verdad, nunca habían visto genio igual.

—¡Mary, por Dios!—le decía Cloti queriéndola convencer, pero Mary proseguía:

—¡Ay... ay... ay!

Y Rodrigo, para no perder la costumbre, decía también, mastigando a dos carrillos:

—A mí estas cosas me afectan mucho.

Entretanto, el pobre Gonzalo, que se había ausentado en el momento culminante del drama, como un gato azotado y muy avergonzado, estaba con Sabino en el cuarto de al lado paseándose muy nervioso.

—¡Nos ha dado el diat...! Es sencillamente inaguantable. ¡Tolerar esto es una vergüenza!—exclamaba, excitado.

—Y que con la dichosa finquita llevamos ya tres comidas que no llegamos al asado...—comentó Sabino con melancolía.

Tenía razón Sabino. ¡Tres comidas, tres, que no podían llegar al asado! No es extraño que al pobre Rodrigo le afectaran tanto estas cosas...

—¡Qué mujer, Sabino! ¡Qué mujer!

—No sé qué haría para desprenderme de ella—susurró, reflexionando.

Desde que se encerró en el cuarto no pensaba en otra cosa, pero no debe de ser cosa fácil desprenderse de un encanto tan fiero, que lleva las uñas larguísimas y tiene

unos dientes tan blancos y seductores que, sin saber por qué, recuerdan los del tigre; no es extraño que meditando lo dicho y algo más, continuara Gonzalo aguantando los ataques de nervios, las medias comidas y, lo que es peor, ¡la petición de fincas!...

—Cómprale un quilométrico de doce mil kilómetros y que los gaste en línea recta, créeme a mí—aconsejó Sabino.

Y tenía razón. Ante la perspectiva de ver a Mary a una distancia de doce mil kilómetros, se le sonrieron a Gonzalo todos los huesos.

¡Si ella lo hubiera imaginado!... Seguro que no seguiría tendida en el hermoso sofá, muy románticamente desvanecida. Ahora sí que está en su apogeo, rodeada de todos. Lástima que no hubiera entre ellos un Goya para pintar una nueva "maja" que quizá aventajara a la otra, aunque sólo fuera en frescura.

—Oye, ¿está muy mala, no vuelve?—preguntó ingenuamente Tere, y Juli, muy asustada, le daba pequeñas sacudidas diciéndole:

—Vuelve en tí, Mary.

Rodrigo, con una sonrisilla impertinente, acercóse al sofá, empujando un rebosante sifón.

—¡Dejadme a mí, veréis cómo vuelvo!—dijo amonazando a Mary.

Apenas oyó ella sus palabras, se levantó como un relámpago e increpó a Rodrigo, gritándole:

—¡No seas bruto, hombre!

—¡Ja, ja, ja!... ¿Veis? ¡Si esto es mano de santo!—afirmó Rodri-

go, teniendo a su favor el convencimiento de todos.

Desde luego a Mary la bromita le ha sentado como un tiro.

—¡Qué mala sombra tienes!...

—A mí estos disgustos me hacen daño—tiene el valor de decir Rodrigo, mientras con una cara satisfechísima se dirige a su rincón favorito para seguir su interrumpida comida.

Mary, muy sobresaltada, se da cuenta en este preciso momento de que Gonzalo no ha estado a su lado prodigándole su consuelo y ayuda mientras le ha durado el ataque, y eso vuelve a irritarla enormemente.

—Pero... pero... ¿Es que se ha marchado Gonzalo? ¿Se ha marchado?

—No, mujer, está ahí al lado con Sabino.

—¡Y me ha dejado a mí que me muera! ¡A él qué le importo yo! ¡Qué ingratos son los hombres, con lo que lo quiero! ¡Ah, pero la finca no se la perdono!

—Oye, Mary, hoy no le finquees más, créeme—le aconsejó muy sabiamente Manolo.

Y aun quedaba Tere dispuesta a dar otro consejo mejor aún:

—Tiene razón éste: deja lo de la finca para otro día... y hoy procura sacar de la reconciliación un par de mantones.

Hay que reconocer que son listas estas amiguitas de Mary.

—No está mal eso de los mantones... Pero ¿qué menos que cuatro?

—Bueno, cuatro, que si él ve que transiges en algo... él también transigirá.

—No, si ya transijo... pero dile que no me conformo con cuatro, que han de ser por lo menos media docena.

Un sonoro "¡Atiza!" de Manolo, fué el mejor comentario, y Rodrigo dejó de comer un momento, porque las palabras de Mary le habían hecho atragantarse, y aprovechó la ocasión para decir:

—¡Qué transigencia más conmovedora! ¡A mí estas cosas me llegan al alma! — Y lo que le llegó no precisamente al alma pero sí a la mano, fué una hermosa botella de vino, de la que dió buena cuenta en un instante.

Gonzalo y Sabino continuaban hablando muy seriamente, felices los dos amigos solos, con paz y tranquilidad, resolviendo asuntos o, mejor dicho, intentando resolverlos.

—¿Quieres mi consejo? Pues vaya mi consejo...—dijo Sabino.—Prepárate a oír la verdad. ¡Gonzalo, tú y yo somos dos sinvergüenzas! — No es muy halagüeña la declaración, pero hay que reconocer que es una verdad como un templo.

—¡Sabino! — exclamó Gonzalo, dolido.

—Dos sinvergüenzas, no quito una letra. He dicho la verdad y la verdad tiene que ser. Ya sabes, Gonzalo, que te quiero de todo corazón. Eres el único ser humano al que no le he pedido dinero en este mundo.

—Sigue.

—Pues yo, que te quiero de este modo, te digo que es un asco y una

vergüenza que un hombre como tú, rico, joven e inteligente, que podría ser útil a sí mismo y a los demás, se consume en una vida oscura y estéril, degradado y envilecido por una mujer como Mary.

—¡Hombre, por Dios, no exageres!

—Porque tú eres un hombre de talento y hace algunos años abriste bufete y tuviste un éxito enorme y esa mujer te ha reducido al papel de solterón inútil...

—Sí, tienes razón... me indigna su dominio, me rebelo contra él, pero yo no sé cómo se ha metido en mi vida, que me falta energía y voluntad para rechazarla.

—¡Quién sabe, Gonzalo! Los pillos también tenemos una providencia y a veces un accidente casual lo resuelve todo.

Se acabó la tranquilidad de los amigos como por encanto, pues con gran estrépito se abrió la puerta y se lanzaron todos los demás dando saltos con gran satisfacción, hasta donde estaban ellos; enarbolaban un trapo blanco con grandes mostras de regocijo, y Manolo, actuando de intermediario, dijo:

—Gonzalo, ¿comprendes?

—¿Qué tontería es esa?

—¿Pero no lo ves?—decía Manolo intentando hacer comprender el objeto de aquella farsa, agitando con fuerza la bandera de la paz.

—No entiendo — masculló Gonzalo con visible desagrado.

Pero en este momento se decidió Tere a hablar claro, ¡a ella sí que la entendería! Sus palabras resultaban siempre convincentes:

—Pues que venimos con bandera blanca, "so primo".

—Que a Mary se le ha pasado el soponcio y pide un armisticio —dijo Manolo tan campechano como siempre y como si nada hubiera pasado.

—Una suspensión de hostilidades —susurró Juli.

—¡Que se vaya a paseo! —fué la contestación de Gonzalo; pero ¡qué val, ellas no cedían así como así.

—Dice que ya no quiere la finca —insistió Tere.

—Que se conforma con cuatro...

—Con seis... —Tere se precipitó a corregir, porque si en este momento culminante quedaban en cuatro, luego ya no habría manera de que fueran seis.

—Bueno, con seis mantones de Manila — especificó Manolo, que decididamente había tomado con interés la defensa del sexo débil.

—He dicho que nada — afirmó Gonzalo, inflexible.

—Hombre, cede, no son más que seis mantones.

—¿Qué es eso para ti? — insistió Juli.

—¡He dicho que no y que no!

En este momento entra en escena la encantadora Mary, ya completamente repuesta del terrible ataque, dispuesta a hacer valer todos sus encantos para conseguir de Gonzalo la reconciliación y, lo más importante todavía, ¡los seis mantones! No le perdonará ninguno. ¡Con lo que se ha despinado estimulando el ataque!

—Déjalo... ¡La culpa la tengo yo! Porque todo esto que hago es por lo que te quiero... y en vez de agradecerme...

—Por lo que me quieres, ¿eh?

—Sí, señor, ¡que todo lo hago por no hacerte de menos!

—Pues muchas gracias.

Está resultando una farsa divertida y Tere, viendo el momento propicio, sentencia:

—¿De modo que convenido lo de los seis montones?

Y Manolo, como si fuera el interesado, se dió prisa en contestar:

—Convenido.

—¡Hala, daos un abrazo! — dijo Tere.

—Sí, sí... — contestaron todos muy satisfechos, dispuestos a presenciárselo.

—¡Sí, que creéis que me va a costar a mí mucho, con lo que le quiero! — suspiró Mary.

A nadie le cabe la menor duda de que a Mary no le va a costar nada darle un abrazo a Gonzalo; al que seguro que le cuesta algo es a él...

—¡Gonzalo! — exclama precipitándose hacia él.

—Bueno, pero que conste que ésta es la última vez que te aguanto estas idioteces.

—¡Anda, rabioso! ¡Salado de mi vida! ¡Ven aquí! — murmura, melosa.

Y se dan un abrazo muy fríamente.

Y, firmadas las paces, se reanuda la comedia, con gran contento de Rodrigo.

Un selecto público de aficionados al tiro de pichón llena el campo; todos están muy atentos y como electrizados; les interesa sobremanera la magnífica puntería de que está haciendo gala Gonzalo Rivera; las señoras, además de la puntería, admiran el varonil aspecto del héroe del concurso, cuchichean entre ellas y comentan las aventuras amorosas y los enredillos de Gonzalo. Estos temas siempre resultan de actualidad e interesan enormemente a la gente, que gusta de rodearlas de ambiente y añadir todo lo que haga falta para que adquieran más color y vida.

Entre tanta gente destacan en primer lugar, como es natural, todos sus amigos y entre ellos Mary. Esta, con un llamativo conjunto blanco como una visión "angélica", consigue lo que ella se propone: que todos la vean y hablen de ella, aunque sólo sea para criticarla.

Unos aplausos ensordecedores subrayan la suelta de una paloma, que inmediatamente cayó herida de muerte por la escopeta de Rivera.

—¡Huy, mi Gonzalo del alma! ¡Que se va a llevar la copa!—exclama Mary que está radiante porque su "chatito" se está portando

muy bien, y seguro que ganará la copa.

Rodrigo se siente feliz del éxito de su amigo. A su felicidad contribuye la hermosa fuente de bocadillos que el camarero, que le conoce el flaco, ha depositado al alcance de su mano, y entre bocado y bocado comenta:

—¡No le falla uno! —Y a renglón seguido, mientras localiza una hermosa empanadilla de jamón, añade—: ¡Ni a mí!

Y tiene razón, porque sin saber por qué, siempre va a parar a sus manos lo mejor de lo mejor que hay en la fuente.

Mary va acariciando dulcemente su sueño adorado, y mientras contempla el éxito de su amigo se imagina lo suave y complaciente que se sentirá después de haber logrado el trofeo que tanto anhelaba. ¡Justo es que ella consiga también el suyo!

—Hoy le saco la finca—dice, segura de sí misma, mientras todos los amigos se miran horrorizados recordando el pasado y temiendo lo presente.

—Hoy tenemos bronca—comenta Manolo empuzándose a enfadar.

—Oye, cielo, no le pidas la finca

hasta después de merendar — le aconsejó Rodrigo, a quien por lo visto los muchos bocadillos que llevaba engullidos no le quitaban el apetito.

— ¡Calla tú! — fué la suave réplica de Mary.

Un silencio absoluto se hace en el campo, porque se ha dado el aviso para la suelta de otra paloma, y además ésta es la decisiva, la última, la que dará el premio al que con su tiro le dé alcance.

Gonzalo dispara, y no falla; ¡él es el vencedor! Todos aplauden ca-

lurosamente, como si se tratara de una cosa de gran trascendencia.

Gonzalo sonríe muy satisfecho y saluda a todos, agradeciéndoles con la mirada sus cariñosos elogios. Se dirige al Jurado para recibir la copa que se ha ganado tan brillantemente; todos sus amigos corren a felicitarlo y Mary está radiante.

Un fotógrafo se esfuerza en lograr una pose perfecta del ganador, y al día siguiente un periódico publica en su portada el primer plano de Gonzalo Rivera.

La noche ha extendido su negro manto por todos los rincones de la tierra y un silencio acogedor rodea la atmósfera del Pensionado francés en que Angela María cursa sus estudios.

Es un colegio alegre, con grandes ventanales y extenso jardín, por el que las niñas pueden jugar y soñar, sin aferrar demasiado sus respectivos hogares. El interior, con su aspecto coquetón, tiene más aire de casa particular que de gran colegio. Dentro del edificio el silencio es todavía más intenso: las niñas, ya en su dormitorio, con los ojitos cerrados, deben de tener fantásticas visiones de hermosos días perfumados, de las vacaciones con sus excursiones en monte o playa, de sus padres, de sus hermanos, de sus amigos... ¡Quién sabe! ¡Tanto campo hay para recorrer cuando se es joven y se quiere soñar! ¡Y precisamente hoy, que ha caído en manos de Angela la foto de su idolatrado tío!

Angelita es una encantadora niña rubia de dieciocho abriles. Con sus trenzas tan pálidas y largas parece una princesita de leyenda. Y tiene su leyenda. La pena es que su historia es muy triste. A los

nueve años quedó huérfana de padre y madre, y su único tío, que era su tutor también, la llevó a aquel colegio, en donde quedó olvidada completamente.

Los primeros años se le hicieron tolerables y Angelita, aunque añoraba el calor de un hogar, como era muy niña, los juegos y distracciones le hacían llevadero aquel aislamiento, pero a medida que pasaba el tiempo y se hacía mayorcita, el colegio se le antojaba casi como un cementerio. Sus amigas, durante las vacaciones, eran felices en sus casas, y cuando volvían contaban maravillas de aquel mundo que Angela sólo vislumbraba como por un agujerito, porque no lo había disfrutado nunca. En su imaginación de niña primero y luego de mujer, idolatraba la figura de su tío, aquel tío al que casi no conocía y que se presentaba ante sus ojos como el hombre ideal, el que reunía todas las condiciones y atractivos que sus amigas encontraban en los muchos galanes que conocían por esos mundos.

Al caer en sus manos una foto tan magnífica de su tío, no es extraño que la mirase y remirase, sin saciarse nunca.

—¡Qué tipo tiene!... ¡Qué simpático!... ¡Qué bueno debe ser mi tío!—y mil cosas más le decía, y muchas más sentía; al fin y al cabo era la única persona allegada que le quedaba en el mundo. Y a fe que no era muy cariñoso con su sobrinita, a la que había olvidado por completo.

Angelita estaba extasiada mirándolo, y Totó, su íntima amiga, muy intrigada, le dijo, incorporándose completamente y queriendo abarcar con la mirada la portada de la revista:

—¡Qué estás mirando tan embobada?

—Mira, Totó, mira. Es mi tío, que ha ganado una copa —replica Angela a media voz, y le entrega muy orgullosa la revista para que su amiga pueda darse cuenta de lo encantador que es su tío.

—¿Una copa de qué?—pregunta Totó muy admirada.

—De plata. Ha matado veinte pichones sin cero.

—¿Si los ha matado, para qué quería el cero?

Angela en este momento no estaba para bromas; a ella lo único que le interesaba era enumerar y comentar todos los encantos de su tío.

—¡Fíjate qué pelo tiene!

Totó, que es muy impresionable, quizá tanto como Angela, ya no sabe lo que le pasa, encuentra tan seductor a ese hombre que se preclina a ensalzarlo.

—¡Huy, es simpatiquísimo!... ¡Qué ojos!

Lo dice tan convencida y emo-

cionada que levanta la voz y todo el dormitorio quiere enterarse de lo que se está ventilando entre Angelita y Totó.

—Pero ¡qué miras de esa manera?—dice la de la cama de al lado.

—Al tío de Angela.

Y sin más comentarios se encuentra la revista en manos de otra colegiala.

—¡Huy, qué pestañas!

Hay que reconocer que a este paso Apolo va a resultar feo comparado con ese tío; la imaginación de las niñas de colegio es siempre calenturienta; pero en este pensionado francés sobrepasa todo límite.

La colegiala que sigue a la anterior en la hilera de camas, tiene una curiosidad irrefrenable y, no pudiendo aguantar más, salta a la cama de la otra, que le dice:

—Oye, fíjate en el tío de Angelita. ¡Qué sol!

La cara de asombro que pone la niña al contemplar el retrato bastaría para inspirar un poema y, no sabiendo qué comentario alegar, se le ocurre decir:

—Oye, ¿no tiene más que éste?

—y como arrebatada, se puso en pie en medio de la cama, agitando la foto y gritando:—Mirad, chicas, el tío de Angelita. ¡De locura!

El tío sería de locura; pero lo que estas niñas están haciendo es una locura también; todas, con sus camisones larguísima que parecen fantasmas, se mueven de aquí para allá hablando, riendo y haciendo comentarios a cual más gracioso:

—¡El tío de Angelita!... ¡El tío

de Angelita!... ¡Quiero verle!...
¡Dámelo a mí!

La revista pasa de una mano a la otra, y todos los ojos, admirados, pestañean embelesados, comparándolo "in mentis" con Robert Taylor o Gary Cooper.

Angelita está hecha un basilisco. Esto de ver rodar a su amadísimo tío de mano en mano le hace poquísima gracia, le hace temer que pasará algo, porque un revuelo de esta categoría atraerá irremediablemente a Madame.

—Devolvedme a mi tío... ¡Ay, mi tío!—grita, tratando de apoderarse del retrato.

Pero como si oyeran llover y no se mojaran. Ahora que tienen un hombre tan estupendo a mano, ¡cualquiera se lo quita!

Una de las colegialas, que pertenece a ese grupo de las que siempre vigilan las puertas, "por si acaso", se instala como un *gendarme* con el oído muy atento y en guardia por si alguna profesora asoma su "lindo rostro".

En medio del dormitorio se ha formado un grupo compacto de niñas que comentan, no dejando que Angelita llegue a ellas para arrebatárles la foto. Todo es decir:

—¡Qué simpático! ¡Qué tipo tiene!

—Con la copa parece una sota.

La que ha dicho esto, o quiere hacerse la graciosa, o trata de molestar a Angelita; en todas partes hay quien goza metiendo su cucharada de hiel en donde ve algo que suene a felicidad o satisfacción.

—¡Dadme la revista! ¡Dadme la

revista!—vocifera Angelita que está desesperada al ver que todos sus esfuerzos por apoderarse del retrato resultan inútiles.

—¡Qué tío más joven! —siguen comentando las chicas.

—¡Pero si parece un primo! —dice otra, no sabemos si con ironía, o si porque verdaderamente lo crea así.

Angelita, viendo que no hay forma de conseguir lo que quiere, se sube a la cama desde donde domina muy bien el grupo y se arroja en medio de ellas como un planeador. El alboroto que se arma es de padre y muy señor mío; unas en el suelo, otras de pie, todas gritando. Pero la niña *gendarme* ha oído unos pasos muy sospechosos y corre a dar la voz de alarma:

—¡Que viene Madame! ¡Madame!

Desde luego, si hubieran dicho que venía el demonio no hubiera hecho tanto efecto. Aquello fué la desbandada general. Con la rapidez del rayo cayó cada una en su cama, y Morfeo tuvo que multiplicarse para que en un instante todas durmieran apaciblemente. Sólo Angelita y una niña gorda como un tonel quedaron en medio de la estancia disputándose la dichosa foto.

Madame entró y encendiendo la luz que hacia un instante habían apagado sus queridas alumnas, paseó la mirada muy extrañada por todo el dormitorio. Ya se había dado cuenta de que dos niñas estaban discutiendo, pero le admiraba que lo hicieran en la obscuridad y, además, ¡cómo podían dos niñas ar-

mar el escándalo tan fenomenal que había precedido a su entrada! En fin, había que reconocer que esas niñas no eran precisamente angelitos.

Se dirigió a la acalorada pareja que continuaba en reñida discusión y, tomando la revista, o mejor dicho, la foto en sus manos, preguntó:

—De qui est ce portrait? (¿De quién es esta fotografía?)

Madame se lo interrogaba a la niña gorda, pero Angelita se dio prisa en contestar que no era suya, y la gordita, quitándose responsabilidades, aclaró que era del tío de Angelita.

La gentil manita de Angela castigó la declaración de su compañera con un pellizco retorcidísimo que le hizo dar a la pobre un grito que salió ahogado por el miedo a una repetición y por la imponente presencia de Madame, quien se limitó a decir:

—Demain nous verrons ça. Pour le moment toutes les deux punies de récréation. (Mañana pondremos en claro el asunto. De momento quedan castigadas, sin recreo, las dos).

Y con un gesto lleno de importancia, como quien va a realizar un acto heroico, rasgó en dos la codi-

ciada fotografía de la discordia. Angelita lo contempla con los ojos arrasados en lágrimas y siente dentro un dolor terrible, algo así como si se le rasgara el corazón. Además, para colmo, Madame tira al suelo con un desprecio colosal a su adorado tío. Con el alma muy triste, coge los trozos de papel, se va a la cama y cuando Madame abandona la habitación, trata de unirlos y llama a Totó para comunicarle, horrorizada:

—¡Le ha separado los ojos! Voy a conservar por lo menos la escopeta.

Angelita, haciendo casi pucheritos, como una niña a quien han destrozado su juguete favorito y no se resigna a desprenderse de él, coloca los restos de la foto debajo de la almohada y con huellas de lágrimas en los ojos y más pena de la que tiene siempre en el corazón, se dispone a dormir. Son las horas de sueño las únicas en que, olvidando su solitario destino, puede ser como las demás, una colegiala alegre que sueña en los felices días de vacaciones sin que la amargue, como cuando está despierta, la seguridad de que nadie la espera en una casita alegre, ni hay voces que la llamen, ni corazones que estén anhelando su llegada.

Hace un día magnífico, la Navidad esparce sus galas con todo esplendor y un ambiente perfumado de flores recién abiertas hace agradable la vida, como si la naturaleza del hombre se abriera también al optimismo.

Un cielo intensamente azul purifica la vista y eleva la mirada a lo alto como con ansias de santificación.

En el jardín del pensionado se ven algunas flores, y las niñas, locas de contento, las contemplan con ganas de cortarlas para adornarse con ellas. Todas están alegres, corren y juegan, y hoy más que nunca, porque las anima la idea de que al día siguiente estarán en sus casas, verán a sus familiares y podrán hacer de las suyas sin miedo a un castigo de Madame.

Angelita es la única que no participa de la animación general: una tristeza que le atenaza el corazón se ha apoderado de ella; la alegría de las demás le parece una ofensa y hasta la hermosura del día se le annoja como una ironía del destino para hacerle más penosa su cárcel.

¡Dios mío, qué habrá hecho ella para sufrir este castigo que tanto

dura! Si por lo menos le quedara alguna esperanza, la ilusión de que tal vez su tío se acordara de ir a buscarla, pero si no lo hizo en nueve años, ¿a qué tanto iba a hacerlo ahora? Su tío es un hombre demasiado importante; debe de tener miles de ocupaciones que no deben permitirle acordarse de esta pobre huérfanita. De todos modos, Angelita no se amilana así como así, tiene demasiado hermosa el alma para dejarse arrastrar como una frágil navicella hacia los abismos de la negra desesperación; la confianza en Dios y la fe en su propio valer son los baluartes que le dan valor para permanecer firme en medio de tanta soledad.

Totó es muy amiga de Angelita, la quiere mucho y sufre al verla tan sola. Como ella sólo sueña en ir a su casa, se da más cuenta que nadie de lo terrible que debe ser carecer de hogar.

Angelita está sentada en la ventana y Totó, desde el jardín, habla con ella, pero, la verdad, ya no sabe qué decirle para consolarla.

Es en realidad tristísima la suerte de Angelita: el colegio se hace tolerable porque lo ilumina siempre la visita de los de casa, que es

como una inyección de optimismo que va amenizando la monotonía del pensionado. Totó, si no fuera porque Angelita es una prueba de ello, no concebiría el vivir en el colegio sin las periódicas visitas.

—¡Pobre Angelita!—se limitó a comentar.

—Si al menos viniera mi tío y pudiera hablar con él—dice Angelita—. Pero estas fiestas yo no las paso en el colegio. No, no y no—asegura, enérgica.

La imaginación de Totó vuela que es un primor y ya se está imaginando una fuga con todas las aventuras que puedan ocurrir... y muchas más! La verdad es que corresponde al tipo de Angelita ser la protagonista de algo grande, sensacional, de lo que pueda muy bien resultar una novela; tiene mucho estilo para eso, con sus trenzas rubias tan magníficas que podía soltar por la espalda haciendo el efecto de una cascada de oro, con esos ojos azules... ¡tan grandes!, con esa gracia y vivacidad tan especiales que animan su figura; reúne todos los requisitos que se necesitan para el caso. Todo esto lo pensó en un abrir y cerrar de ojos y exclamó:

—¡Bien hecho! ¿Piensas fugarte?

—No sé... Pero yo no me quedo aquí—afirma Angelita.

Y estaba decidida a no quedarse. Había que inventar algo. Aunque tuviera que remover cielo y tierra, esta vez salía del colegio y, si lo lograba, no era fácil que volviese nunca más. ¡Con nueve años tenía

de sobra para hablar francés y hasta griego!

—¿Y dónde irías?—inquirió Totó intrigada.

Esto era lo difícil, saber adónde iría, pero con la ayuda de Totó no sería tan imposible.

—Oye, tú que tienes tanta imaginación, ¿por qué no discurre algo para que yo pueda irme con mi tío?—le sugirió.

—Mujer, yo... ¡Mi imaginación no llega hasta casa de tu tío!

Esto lo decía ella; pero Totó, con su gran poder imaginativo, es capaz de llegar no sólo hasta la casa, sino hasta el corazón... si fuese preciso. ¡Buena es ella!

—Anda, sé buena conmigo—ruega Angelita, tratando de convencerla.

Cuando Angelita se ponía en ese plan, tan suavecita y adoptaba ese aire angelical, resultaba poco menos que imposible el negarle nada. Además, si eran tan amigas, si no se lo demostraba ahora, ¿cuándo lo haría?

—Puede... deja... Puede estudiar-se el caso—dijo Totó, reflexiva.

Ahora iba a entrar en juego la verdadera vocación de Totó; el trazar planes a cual más descabellado, pero que todos, si la suerte ayuda, pueden dar resultados espléndidos. Por algo ha leído ella tanta novela, para llegar a la conclusión de que todo depende de la suerte de cada uno y, sobre todo, de la belleza de la mujer... ¡Eso sobre todo!... Y como eso es precisamente lo que a Angelita le sobra, tienen mucho camino ganado...

¡Pero qué alboroto tan grande hay hoy en el colegio! Parece que profesoras y alumnas hagan concurso de agitación; todas se mueven de un lado para otro tropezando con todo; no es extraño, se van todas las niñas a sus casas y el jardín está rebosante de familiares que han ido a buscarlas.

Una profesora está hablando con la mamá de Totó, despidiéndose, y es el momento oportuno que aprovechan ésta y su hermano, que también ha ido a buscarla, para ultimar sus planes con Angelita.

—Mi hermano dice que sí, que está dispuesto a complacernos. ¿Tras el borrador de la carta?— pregunta Totó, por lo bajo, a su amiga.

Los hermanos son muy complacientes con las hermanas siempre que media alguna amiguita mona y simpática. El hermano de Totó es

un elegante guardiamarina de esos que saben que son guapos y que se creen irresistibles. Contempla a Angelita de pies a cabeza, mientras ésta, muy azorada, dice:

—Sí, aquí lo tengo... tome.

Angelita entrega el borrador al hermano de Totó, mientras éste, guardándolo, le replica:

—Pues, desculde usted, que en cuanto llegue a Madrid será lo primero que haga.

Angelita, muy emocionada, pensando en lo feliz que sería si todo aquel plan daba resultado, contestó con precipitación:

—Muy reconocida y muchas gracias. ¡Y permita Dios que sea almirante el año que viene!

Todos sonrieron muy satisfechos y agradecidos por tan buenos deseos y se despidieron deseándose dichosas Navidades.

El colegio quedó desierto; daba una sensación de ahogo inmenso, se notaba en todo momento la falta de tantas alumnas que le daban vida y calor, era como una jaula vacía.

Además de Angelita están en el colegio otras niñas que, por motivos diferentes, se han visto obligadas a prescindir de las vacaciones. Las profesoras procuran, por todos los medios que tienen al alcance, distraerlas, para que olviden un poco la pena de no divertirse como el resto.

Unas manos suaves y hábiles se mueven sobre las teclas de un piano-armonium. Nostálgicos villancicos evocan las glorias de Dios y su amor a los hombres; dos niñas, con una profesora, cantan en un tono, mientras que Angelita y doña Cleofé lo hacen en otro. La cara de Angelita habla por sí sola del aburrimiento que tiene metido en el cuerpo; no hace ningún esfuerzo para disimularlo. Todas cantan muy bien y la armonía de voces da como resultado un villancico muy suave y entonado.

Doña Cleofé, una de las fámulas del colegio, es una de las figuras más clásicas entre lo cómico. Con

unas gafas colosales, aunque no tanto como su enorme cara, sobre una nariz en relación con su rostro, hace reír aun sin la menor gana. Cada vez que dice ¡Gloria!, sus ojos, hermosos como los de una vaca, se levantan hacia el techo con un gesto que más que alabanza a Dios parece implorar su misericordia.

Doña Cleofé tiene una especie de ceguera por Angelita. Por ella sería capaz hasta de dejarse matar. Por eso no es de extrañar que en el plan de fuga de la niña se infiltrara ella como acompañante y ayudante para todo lo que fuera preciso.

La pobre niña gorda que ya conocimos anteriormente en el dormitorio está también sin vacaciones; pero se consuela de ello con un hermoso plátano que va engullendo entre "Gloria" y "Gloria".

Los villancicos se van sucediendo con hermosas variaciones de voces; Angelita y Cleofé entonan que es un primor; aprovechando un espacio de tiempo en que cantan las demás, Cleofé le dice:

—¿Sin noticias de Madrid pues?

El acento clásico de vasca de caserío, con esa manera especial de combinar frases y ese tonillo de

canción con que arrastran las palabras, es un motivo más para que resulte graciosísima la figura de Cleofé.

—Pues, sin noticias... ¡Qué desesperación!

Y Angelita lo dice con un tono y un aspecto verdaderamente desesperados.

—Nuestro "goso" en un "poso" ya lo tenemos pues — comentó la vasca.

Cleofé consideraba como suyo el plan fraguado, y la fuga le hacía mucha ilusión, aunque mezclada de un cierto miedo. ¡Tenía tanta imaginación la Angelita! Hay momentos en que ella ya se horrorizaba "pues", de lo que estaban tramando. Pero ¡qué hacer! Además, si salía todo bien, ella muy feliz sería "pues", con la Angelita.

—Y ya pasó la Pascua.

Esa verdad, los días iban pasando y la esperada carta no llegaba; si tardaba mucho ya no vendría a cuento y la directora no las dejaría marchar.

—Espera todavía. De fiestas otros días quedan—anima Cleofé.

Y aun seguirían hablando si la profesora que tocaba el piano no les hubiera hecho una seña imperiosa para que sigan cantando.

Resanudan el canto hasta que acaba el villancico; la profesora las deja en libertad, cuando entra otra institutriz diciendo:

—Angela, doña Cleofé, Madame las llama a su despacho.

Como si un rayo de luz hubiera entrado en la habitación, iluminándolo todo, así iluminaron estas pa-

labras el alma de ambas; como dos ticiones se precipitaron por los corredores hasta el despacho de la directora, disputetas a oír de sus labios las palabras que les dieran la libertad, aunque fuera provisional.

La directora tiene una carta en la mano, que mira y remira extrañada; pero convencida de la veracidad de cuanto en ella se lee.

Unos golpecitos en la puerta le hacen volver a la realidad.

—¡Adelante!

Y entran Cleofé y Angelita radiantes, aunque procuran disimular para no ponerse en evidencia.

—Buenas tardes, Madame, ¿me ha llamado usted? — pregunta Angelita.

—Sí, para enterarla de esta carta que he recibido de su tío.

La directora se dispone a dar lectura a la carta; Angelita y Cleofé van a sacuchar lo que ellas mismas han preparado.

—Distinguida señora: Ruego a usted tenga la bondad de enviarme a mi sobrina acompañada de doña Cleofé."

Una expresiva mirada se cruza entre las dos, y Angelita, con mucha gracia, guiña un ojo a su cómplice.

—Un asunto de familia reclama la presencia de Angela en Madrid con toda urgencia. De usted con el mayor respeto afectísimo y seguro servidor. Gonzalo Rivera."

—Entonces, ¿debo marcharme?

—pregunta de nuevo la niña refrenando su gozo y fingiendo un tono de pena, como si eso de marcharse fuera lo peor que pudiera suceder.

—Naturalmente — dice la directora, muy contenta de comprobar que Angelita siente pena de abandonarlas, aunque sólo sea para unos días.

—¡Ay, Dios mío! ¡Madame, tener que dejar a ustedes!—suspira.

Es una actriz consumada. Con un gesto de pesar tremendo, se arroja en los brazos de Madame, y ésta, muy emocionada, hace esfuerzos para contener las lágrimas. El cuadro resulta perfecto; todo va saliendo a maravilla.

—Con lo bien que estoy aquí...— prosigue Angelita.

Dña Cleofé abre los ojos admiradísima. Esta niña lo "hace" tan bien, que ella no sabe "pues" si va de broma o si en serio lo "hace pues".

—¿Y nos iremos en seguida?— pregunta como quien no hace la cosa.

—Mañana mismo—dice la directora muy compungida de tener que darle esa mala noticia.

—¡Ay, qué bien!... —Se le ha escapado sin querer. —¡Qué bien pasarán ustedes el principio del año, mientras que yo... en casa de mi tío...!—y se puso a llorar con gran sentimiento.

—Vamos, no llore. Escribiré a su tío diciéndole que no quiere usted ir.

Angelita se consoló como por encanto; se desprendió de sus brazos y dijo con decisión:

—¡Ay, no, no, muchas gracias, Madame!

Dña Cleofé mueve los ojos exclamando:

—¡Ah, no, no!

Y coge del brazo a Angelita y salen de estampía del despacho.

* * *

Un aire misterioso rodea siempre la media noche; porque acostumbra suceder, precisamente al sonar las doce campanadas, las cosas más siniestras; pero hoy, día de fin de año, es alegría lo que espasme por doquier el toque de media noche.

Madrid está animadísimo, todo el mundo quiere despedir contento al año que se va, y recibir con más alegría, si cabe, al año que viene; ponerle muy buena cara para que él responda de la misma manera. Restaurantes, hoteles y casas particulares se esfuerzan en un alarde de buen gusto en engalanarlo todo para lograr el aspecto más acogedor posible.

El comedor de la señorial mansión de Gonzalo Rivera ha alcanzado un encanto maravilloso.

Los invitados son los de siempre.

Mary, Tere, Cloti y Juli, con llamativos trajes de noche, mariposean de un lado para otro; Gonzalo, Sabino, Manolo y Rodrigo, muy elegantes (sobre todo el último, con su hermosa barriguita de "bon vivant"), de smoking, charlan a más y mejor; entre todos reina gran animación en espera de las doce campanadas... ¡que ya van a

sonar! La radio lo anuncia, y todos se precipitan a comer las doce uvas.

—¡Ocho, nueve, diez... once... doce!

—¡Viva el año nuevo!—exclama Gonzalo subiéndose a una silla.

Todos se abrazan, gritan y demuestran el buen humor de mil maneras, a cual más expresiva.

Un fox lento esparce sus agradables notas por toda la estancia. Baldo ofrece copas de champán a unos y otros; Sabino levanta la suya diciendo:

—¡Viva el anfitrión!

Un campanilleo de cristal que choca alegremente es el mejor deseo de todos para todos; el cosquilleo de la espuma hace sonreír con optimismo y mirar al año que comienza con el corazón lleno de halagüeños augurios.

A Tere, eso de anfitrión le ha sonado muy mal, y como no está muy segura de lo que significa, pregunta:

—¿Quién es el anfitrión?

—Este—le dice Manolo señalando a Gonzalo.

—No poner mote, que luego quedan—replica Tere muy convencida; pero nadie la escucha, porque todas las miradas se dirigen a

la mesa, repleta de sabrosos manjares.

—El consommé está servido, señor—indica Baldo.

Cloti y Rodrigo son muy amigos y están siempre juntos; tiene su lógica, ya que si la una es tonta de remate, el otro es rematadamente tonto. ¡Dios los cría y ellos se juntan!

—Oye, Pérez, a mí se me han quedado tres uvas por comer, ¿será mala suerte?—pregunta Cloti a Rodrigo.

—¡Ya lo creo! ¡Que te van a fa-

llar durante el año las tres cosas que más desees!

—Pues se van a fastidiar dos, porque no deseo más que una, Pérez—ríe Cloti.

—¿Dinero?

—Clarito: y eso mientras tú vivas, Pérez...

—Oye, no me llames Pérez, que me fastidia—murmura Rodrigo.

—¿No te llamas Pérez Fuerte?... Si te llamo Pérez, te molesta; si te llamo fuerte, dices que no te dé voces. ¡Eres un flo, chico!—replica Cloti, cómicamente molesta.

Es de noche cuando llega a la estación del Norte el rápido que conduce a Angelita y a Cleofé a Madrid, a ese Madrid desconocido para ellas que las recibe con alegría y con bastante viento.

Van sepultadas entre maletas y paquetes que con gran dificultad arrastran de un lado para otro, en busca de un taxi. Ven uno parado, y sin fijarse en nada más vacían por la ventanilla todos los bártulos, que inmediatamente, como en viaje de ida y vuelta, les son devueltos por el mismo camino, por lo que se vuelven a cargar de paquetes y de paciencia... ¡y en bus-

ca de otro taxi! Un poco más lejos ven otro parado, otra vez todo por la ventanilla hacia dentro y otra vez también todo hacia fuera: el genio vasco que lleva doña Cleofé en la sangre se manifiesta en forma arrolladora, y cogiéndolo todo, lo precipita dentro del taxi y ella detrás, arrastrando de la mano a Angelita; al momento, por la ventanilla contraria, caen maletas y paquetes que no son precisamente los de ellas, sino los de dos palcos que caen por la portezuela, siguiendo el mismo camino que sus trastos... ¡Y eso que no era época de restricciones!

* * *

Gran algazara, risas y alegría llenan el comedor de Gonzalo Rivera. Por la radio suena un baile moderno, alegre y acompasado, que sin querer mueve los pies y obliga a todos a bailar. Pero se esperan un momento porque Mary va a lucir sus dotes de cupletista, cantando un aire muy en boga, en el que se comparaba a Greta Garbo y otras artistas cinematográficas.

Juli, Sabino y Tere, acompañan el ritmo con el sonido de las co-

pas, mientras Rodrigo sigue tragando imperturbable. Mary se balancea como un juncos... algo rebusto. Manolo y Gonzalo también animan la canción. Cuando ésta acaba, Mary, que se ha ido aproximando a Gonzalo, lo coge haciéndole levantarse y empiezan a bailar. Las demás parejas, menos Rodrigo que sigue comiendo, imitan un ejemplo. Nadie se da cuenta de que el timbre de la puerta repiquetea sin cesar.

* * *

Angelita y Cleofé están llamando a la puerta del chalet admiradas del ruido y jolgorio que lo anima.

—En un cabaret o así ya nos hemos metido—dice Cleofé horrorizada.

—Espere, a ver si contestan—dice Angelita, insistiendo.

Pero Baldo, que está tan alegre o quizá más que los señores, no se entera de nada, sigue el compás de la música con las manos y pies haciendo unos gestos la mar de graciosos; sólo al fin se da cuenta de que el timbre suena, y, muy extrañado, se dirige al recibidor.

Se estira la chaqueta y arregla la indumentaria con esa pulcritud clásica del mayordomo y va a abrir la puerta. Asombrado, ve entrar a Angelita y a Cleofé con sus llos y paquetes: las examina de arriba a abajo y las interroga con la mirada.

—¿Don Gonzalo Rivera? — pregunta Angelita con gran desparpajo, como si en su vida no hubiera hecho otra cosa.

—Aquí ca. Pasen ustedes—dice Baldo, mientras cierra la puerta, moviendo los hombros perplejo de aquella aparición tan rara.

—Haga el favor de decirle que

acaba de llegar de Irún su sobrina Angela María.

—¿Su... sobrina?—inquire Baldo, abriendo unos ojos tamaños.

—Sobrina, sí, señor—afirma Angelita.

—Sobrina y la compañía—añade Cleofé, por si acaso.

—Bueno... bueno, aguarden ustedes.

Todos siguen bailando cuando entra Baldo, que hace enormes esfuerzos para atraer la atención del señor.

—Señor... señor—pero nada, como si hablara en chino.

—¿Señor!—tampoco esta vez le oye.

—¡Señor!!...—grita más fuerte. Sabino, parando de bailar, dice:

—¿Callarse, a ver! ¿Qué es lo que pasa?

Baldo queda muy confuso, pero su obligación es volver a insistir.

—Señor... señor... Sabino cierra la radio frenético

y Gonzalo, furibundo, le pregunta a Baldo:

—¿Quién es?

—¿Quién? ¿Quién?—interrogan

todos a un tiempo.

—No sé cómo decirlo; es una cosa así, tan extraña... Es decir,

son dos cosas...

—¿Qué estás diciendo? Acaba, hombre. ¿Quién es? — pregunta Gonzalo, nervioso.

—Una señorita muy joven, así como una chica de un colegio, de esas de uniforme — explica Baldo.

—¿Una chica de un colegio?

—Pero ¿sola?

—Con una señora muy rara.

Es, desde luego, la calificación más exacta que Baldo podía atribuir a doña Cleofé.

Entretanto, la señora rara y Angelita, sin abandonar sus paquetes, van mirándolo todo, admiradas de tanta pereiosidad. Angelita toca un botón de una radio, que empieza a gritar desafortunadamente, y las dos se llevan el gran susto.

—No toques—dice Cleofé, arrastrando mucho la ese.

—¿Qué miedo!—exclama Angelita muy impresionada.

Por fin se ha dado cuenta Gonzalo de que debe tratarse de su sobrina, y que esa es la tal niña de uniforme que viene a su casa, no sabe a santo de qué; y... ¡precisamente hoy!

—¿Angelita? ¿Angelita aquí?—dice extrañado.

—¿Y dices que es sobrina tuya? —pregunta Tere con un tonillo muy burlón.

—Sí, es hija de un primo...

—Pues si es hija de un primo, que se fastidie. No la recibas — sentencia Mary.

—Hija de un primo segundo mío... que al morir me nombró tutor de la niña... Pero ¿cómo demonios habrá salido del colegio esa criatura?—se pregunta Gonzalo.

Todos están intrigadísimos; el único que no se inmota es Rodrigo, que continúa comiendo a dos carrillos.

—Porque el caso es que el momento no es como para recibir a una colegiala...

A Gonzalo le avergonzaba la ida de que una niña salida del colegio, con el candor y la inocencia propias del ambiente en que había vivido, se enfrentara así, de pronto, con aquel grupo tan poco selecto que invadía su casa.

—No tienes más remedio que recibirla—dijo Tere, disfrutando ante la perspectiva de una escan-chusca.

—Oye, recibelas, recibelas, que va a ser divertido...—aconsejan los amigos.

—Sí, que pasen, que pasen...—insistió Cloti, mientras contemplaba la cara de pocos amigos que ponía Mary.

—De ninguna manera. Yo saldré a recibirlas...—replica Rivera, con la esperanza de deshacerse de ellas.

Gonzalo se dirige a la puerta del saloncito donde está Baldo, mientras éste le dice:

—No hace falta que se moleste el señor, ya están aquí.

Gonzalo se vuelve a todos suplicándoles:

—¡Por Dios, os ruego formalidad! Todos serios, sin bromas ni guasas...

Sale a recibirlas, seguido de todos, con la natural curiosidad. También Rodrigo se ha levantado de la mesa; pero lleva las manos repletas de provisiones.

Angelita y Cleofé avanzan muy decididas. Gonzalo exclama:

—¡Angelita!

Esta dice a Cleofé rápidamente:

—Es mi tío—y lo abraza con gran cariño.

—¡Tío!

Todos presencian la escena con extrañeza.

Doña Cleofé empieza a saludar como si fuera una máquina.

—Mesé... madame... mesé...—Y a cada palabra inclina la cabeza e imprime a su sombrero de espantapájaros un gracioso movimiento.

Gonzalo presenta:

—La señora de Pérez, la de Rodríguez, la de Suárez, la de Morales...

—¡Huy, cuánta gente!... Muy buenas noches tengan ustedes—saluda Angelita.

Angelita no está ni pizca avergonzada; da muestras de tener un dominio de sí misma enorme; mira a su tío entusiasmada, porque no le defrauda en absoluto el aspecto que tiene comparado con el que ella había soñado. Como todos la miran y ella no sabe qué decirles, empieza, muy modosita y cortés:

—...señoras... ¿están ustedes buenas? Me alegro mucho. Y ustedes, ¿están buenos? Me alegro muchísimo. Yo, buena, gracias a Dios, para servir a ustedes. Tanto gusto. Ha soné mes amis—le dice a Cleofé, que está en un mundo de confusión, pero como ha oído la perorata de Angelita se dispone a imitarla:

—Madame, mesé, mesé, madame, madame, mesé...—y el sombrero corrobora sus saludos.

Gonzalo, a una pequeña insinuación de Manolo, interrumpió a doña Cleofé que continuaba con un estribillo sin parar; después se dirigió a Angelita:

—Buena, y tú, ¿cómo por aquí?

—Estaría usted un poco impaciente...

—¿Yo impaciente? ¿Por qué?—pregunta Gonzalo.

—Porque habrá usted notado que el tren ha llegado con cinco minutos de retraso.

—No, no lo he notado, porque no sabía que iban a llegar — dijo Gonzalo, cada vez más perplejo.

—¿No? Pues sí, señor, cinco minutos retrasado. Hemos llegado en el expreso de las once que tiene su llegada a las once cuarenta y cinco; hemos llegado a las once cincuenta, que son cinco minutos de diferencia; de cinco a cero, cinco, y llevo una, y cuatro cinco, a cinco cero, total cinco, porque de once a once no va nada. Soy la primera en decímalas.

Lo dijo todo con un acento que parecía una niña de dos años y medio.

—¡Huy, qué monada de chica!—comentó Mary, a quien todo aquello hacía muy poca gracia.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!—aplaudieron todos.

—¡Monísima!—decía Rodrigo, mientras la contemplaba embobado y seguía comiendo, porque a él todo le despertaba el apetito.

—En favor—agradeció Angelita.

—Muy bien, hijita. ¿Y cómo ha sido ese viaje tan inopinado?—preguntó Gonzalo.

—¡Ah, tío, perdón! Un momen-



—Vuelve en ti, Mary.



—¡Huy, qué pestañan!



Todas cantan muy bien...



—Con lo bien que estoy aquí...



Van repulgadas entre maletas y paquetes...



Angelita...



—¿Quién nos quiere desde que nacemos?



—¿La señora no sabe español?



—¡Ay, ay, ay! ¡He visto un razón!



—... ¿Exto que le hay entre mitad y mitad es jamón?



—...déjame quedar a tu lado y verás qué bien orga-
nizo tu vida.



—¡Oh! ¿Te marchas?
—Es un compromiso ineludible.



—En su traje de noche realza la belleza de su figura...



—¡Bendita sea esa boca!



—¡Pues váyanse usted a pasear, por favor!



—Y no se déste un amor loco, no, tío.

to, que no he presentado aquí a esta señora que me acompaña. Es doña Cleofé.

—¿Doña Cleofé?

El nombre les chocó tanto como su aspecto.

—Madame, mesié, mesié, madame...—saludó de nuevo la fámula, que parecía un muñeco eléctrico.

—Párala, que tiene cuerda para veinticuatro horas—comentó Manolo mientras la contemplaba admiradísimo.

—Y aunque la vean ustedes tan severa, no es profesora...—explica la niña.

Angelita lo decía todo con un aire de colegiala tanta, la mar de divertido.

—¿No?—le preguntó Mary con tonillo burlón, que no pasó inadvertido para la niña, que le respondió con retintín:

—No, señora...

—¿Pues qué es?

—Es fámula.

—¿Y qué es eso?

—Pues fámula, ¿sabe usted, señora?, son las que están para servicio del colegio, que son las que están más llenas de trabajo, y muchas cuando están muy llenas, pues se salen... y no quieren servir más.

Angelita hablaba de carrerilla, casi sin saber lo que decía, pues ella lo único que quería era distraer al tío, para que no le interrogara sobre el motivo del viaje. Pero él le dijo:

—Bueno, rica; atiende un momento, que yo quisiera saber cómo has venido.

—¡Ah!, pues muy mal, porque venía el coche atestado, pero yo me

he distraído haciendo ejercicios de recitación.

Cleofé mueve los ojos muy expresivamente, asintiendo a todo lo que dice Angelita, y ésta prosigue:

—En recitación soy la segunda. Y me gané el premio en un verso muy bonito que se titula: "C'est la maman", y que dice: "Qui nous aime dès la naissance? Qui donne à notre...? (¿Quién nos quiere desde que nacemos? ¿Quién da a nuestra...?)

Todos los invitados se miran unos a otros asombrados y boquiabiertos, porque Angelita, con gestos infantiles, ha comenzado a recitar este verso "tan mono". Pero ella sin inmutarse prosigue:

—"...frère enfance son doux premier aliment?" "C'est la maman". Qui nous fait dire la prière au bon Dieu qui fait la lumière... (...frágil infancia su dulce primer alimento? ¿Es la madre! ¿Quién nos hace rezar al buen Dios que hace la luz...)

Rodrigo, con su bocadillo y esta vez sin comer!, contempla embozado a Angelita, que con gran desparramo continúa:

—"...et la terre, et le firmament?" (...y la tierra y el firmamento?)

Gonzalo está admirado de todo aquello y hace gestos como para interrumpirla, pero Angelita no se da por aludida y sigue recitando:

—"C'est la maman! Qui nous... (¿Es la madre! ¿Quién nos...)

Y Gonzalo acaba:

—C'est la maman! (¿Es la madre!) Sí, ya lo sé, rica, pero vamos,

lo que yo te pregunto es ¿cómo has venido?

—Pues en primera. Con reserva de asiento que no nos han reservado—dice Angelita que no da su brazo a torcer.

Hay que reconocer que para ser una colegiala recién salida del colegio, esta niña se desenvuelve a las mil maravillas. Gonzalo, con un gesto de "cargarse de paciencia", vuelve a hablarle:

—No, mujer. Quiero decir que ¿quién te ha mandado venir?

—¡Ah! Pues la Madame.

—¿Y por qué?

—¡Ah, eso no lo he averiguado!

Y en francés, dirigiéndose a la fámula, le dice que conteste por ella a su tío.

La pobre Cleofé se ve perdida y, haciendo acopio de saliva, responde:

—¡Oh! Madame la Directrice. Elle m'a dit que monsieur a demandé pour vous... mais je ne sais rien...

—Bueno, yo les ruego a ustedes que me aclaren esto. Pero si puede ser en español, mucho mejor—dice Gonzalo, que empieza a impacientarse.

—Sí, señor tío—responde Angelita con cariño.

—¿La señora no sabe español?

Gonzalo se ve muy apurado para entender lo que le están diciendo y por eso intenta averiguar si esa señora tan estrambótica sabe el español.

—Ya lo creo que lo sabe; pero como en el colegio nos obligan a hablar en francés... es la costumbre

—dice Angelita, no sabiendo ya qué decir.

—¡Haberlo dicho! — exclama Gonzalo, aliviado.

—Vascongada me soy, para servirle, "nassida" en un caserío que le "diseñ" Chapelagorroitiamendi — contesta Cleofé a una velocidad que hace reír a todos.

—Pues me alegro mucho y suplico que me aclare el motivo de la llegada de mi sobrina.

—Ya le diré al señorito... Pues que ayer la Madame, que ya tenía una carta de aquí, del señorito, que le "desu" reclamando a la señorita... do presentarse en Madrid de vacaciones de hoy a mañana o así, con una servidora.

Gonzalo va de admiración en admiración, cada vez comprende menos todo aquel embrollo.

—¿Una carta mía mandando venir a mi sobrina?

—Encima me la traigo, ya puede verla el señor.

Cleofé busca y rebusca por entre su vestido la carta, hasta que da con ella, teniéndose que levantar la falda del vestido para encontrarla en la faltriquera del refajo. Se la entrega al señor, que la va leyendo estupefacto.

—¡Mi membrete! Gonzalo Rivera. Abogado...—lee, asombrado.

—¿No es el señorito?—interroga Cleofé haciéndose la tonta.

—Sí lo soy, pero...

Continúa leyendo cada vez más extrañado; todo aquello le parece obra de magia o del demonio... ¿quién sabe!

Al terminar dice:

—¿Y ésta es la carta mía?

Las dos a la vez contestan:

—Sí, señor.

—¡Pues no, señor!—interrumpe enfadadísimo Gonzalo.

—¡Ya se dirá el señorito!—dice Cleofé, que ha tomado cartas en el asunto.

—Pues me digo que esta carta no es mía—afirma Gonzalo.

—¡Tío! ¿Qué dice usted?

—Pues que esta carta no la he escrito yo...

—¿Qué?—exclaman Angelita y Cleofé, deshechas en confusiones, como si todo aquello les resultara también a ellas extrañísimo.

Angelita, con ese espíritu de improvisación que la caracteriza, se arroja en los brazos de su tío exclamando:

—¡Ay, tío de mi vida!... ¡Ay, tío, por Dios!... ¡Ay, tío!

—¿Pero qué se "dice" usted, tío?... ¡Digo! ¡Ay! ¿Pero qué se "dice" usted, señorito?

—Que esta carta es falsa.

Cleofé pone una cara de espanto que mete miedo, y con ojos horrorizados y levantando los brazos implorando la divina clemencia, exclama:

—¡Ay, madre bendita!... ¡Cógete las malditas, niña, que me veo "encarcelada"!...

—¡Ay tío, perdón! que nos otras... ¡Vamos, Madama!... ¡Todo menos un calabozo!...

Recogen todas sus lios, y, llorosas y desconsoladas, van hablando:

—¡A la calle ya nos vamos!—asegura Cleofé.

Gonzalo empieza a emocionarse

ante aquella escena tan tierna; por eso intenta apaciguar los ánimos tan exaltados, diciéndoles:

—¡Por Dios! Cálmense, cálmense...

Angelita, muy decidida, se aproxima al balcón mientras pregunta:

—¿Se va por aquí a la calle?

—Sí, pero por el aire, y no te conviene. Es un balcón—le contesta apresuradamente Sabino por si la niña es capaz de precipitarse como si nada.

—¡Anda con los lios!—exclama Cleofé, a quien todo aquello está poniendo muy nerviosa, y desea enormemente veras en la calle.

—¡Cálmense ustedes!—les dice Manolo, viéndolas tan aturridas.

—¡Que pasen al comedor y que beban algo!—apoya Mary, mientras con la mano les invita a pasar.

—Sí, sí; vengan por aquí—insiste Manolo, a quien la niña ha hecho mucha gracia.

—Pasen, pasen...—corroboran Sabino, siempre dispuesto a dirigirse al comedor.

Todos acompañan a las dos infelices que, deshechas en llanto, no cesan de lamentarse.

—¿Pues quién sería tan malo de "hacernos" estas cosas "pa" un viaje inútil?—solloza Cleofé, mientras con sus gigantescas amenazas intenta enjugarse las lágrimas, que con fuerza avasalladora resbalan por sus pálidas mejillas.

—¡Y con lo que tenemos gastado! ¿Qué engaño! ¿Qué infamia!—dice Angelita, mientras continúa llorando como una Magdalena.

Manolo las hace sentar, y les ofrece todo cuanto alcanza con la vista. Coge una espumante copa de champán y se la pone a Angelita en la mano.

—Tomen una copa.

—¡Muchísimas gracias!—dice la niña, apurando la copa. Y exclama, atragantándose: ¡Ay!..

Angelita ha dado un salto muy asustada; la espumilla de ese líquido tan raro, que le ha ofrecido ese señor, se le ha subido por la nariz, haciéndole unas cosquillas tremendas.

Rodrigo, sintiéndose muy afectuoso y galante, ofrece otra copa a Cleofé: ésta mira con mucho recelo a la copa y a Rodrigo, mientras le dice:

—Gracias.

Doña Cleofé mira a Angelita, y ésta, a su vez, la mira también; cree oportuno ponerla en antecedentes sobre los efectos del champán.

—Cuidado, Madame, que tiene una cosa que se sale—y Angelita pone unos ojos muy expresivos, mientras hace un gesto más expresivo todavía para expresar la importancia de "eso que se sale".

—Sí, ya conozco. Como la gaseosa le es. Más finas las cosquillas—dice Cleofé apurando con mucho gusto el delicioso néctar.

—¡Ay, madre mía, qué disgusto! Si yo ya me lo presumía. ¿Ve usted, Madame? Si yo, cuando pasé por la Gran Vía y vi aquel incendio tan horroroso, dije...

Las palabras de Angelita han levantado un gran revuelo entre to-

dos, que se miran muy asombrados. Una gran expectación se dibuja en sus rostros; se levantan alarmadísimo.

—¡Con mala pata entramos!—prosigue la niña, imperturbable, y sin hacer caso del efecto que sus palabras han producido.

—¿Qué?—exclaman a coro ellas y ellos, moviendo los ojos con nervosismo, y andando de un lado para otro sin saber qué hacer.

—¿Qué dice?—pregunta Sabino perplejo y como si no hubiera entendido bien.

—¿Cómo? ¿Un incendio en la Gran Vía?—interroga Gonzalo, con la palabra, con las manos, con los ojos, con todo lo que puede.

—Sí, señor. ¿Un fuego horrible!—Y Angelita lo dice muy impresionada; como si en aquel momento se le presentara el terrible incendio que acababa de contemplar.

—Pero, ¿en la misma Gran Vía?—insiste Rodrigo.

—Sí, señor, en un edificio muy alto, muy alto...

—¿La Telefónica?—dice Clotilde con espanto; como si al preguntarlo le dieran un garrotazo.

—Eso decían. ¡Una cosa espantosa!.. Salían las llamas por las ventanas, corrían las gentes, venían los autos tocando...

Doña Cleofé va de admiración en admiración ante aquel cúmulo de invenciones; ya empieza a dudar de su cabeza, y sobre todo de su memoria. ¡Si sería todo aquello verdad! No... aseguraría que no.

Angelita prosigue con los detalles del espeluznante siniestro.

—¿dalán, dalán, dalán... trepaban los bomberos...

Rodrigo está tan asustado, que sin saber cómo ni de qué manera se encuentra comiendo sentado sobre la mesa; sigue escuchando lo que Angelita cuenta:

—...Llamas por aquí, chorros de agua por allá... cornetas, gritos, ayes... — y un momento para descansar.

—Pero ¿un incendio?—pregunta Sabino, porque no sabe qué decir ante tan alarmante noticia.

—¡Como para no poder celebrar conferencias en un mes! Vayan ustedes y lo verán—les aconseja Angelita, para ver si logra lo que tanto desea: ¡que se vayan todos, menos su tío!

Tere empieza a hacer grandes espavientos, mientras dice gritando:

—¡Ay, que ahora me acuerdo que está allí mi padre!... ¡Ay, mi padre!... ¡Venga mi abrigo!

Coge su abrigo, haciendo lo propio los demás, y como un temporal desencadenado se arrojan todos a la calle, haciendo comentarios sobre el siniestro y sus posibles consecuencias.

—¡Dios mío, a ver si se achicharra Pepe!

—¡Dos semanas nada más que es jefe!

—¡Con lo propenso que es él a quemarse!

—¡Y con la grasa que lleva en el pelo!

—¡Pobre Pepe!

—¡Ay, mi pobre padre!... ¡Vamos, vamos!

Tere se precipita a la calle, adelantándose a todos.

—¿Es hija de algún jefe?—interroga Angelita que, sin saber por qué, se ha contagiado de la nerviosidad general.

—Sí, del jefe de serenitas — le contesta Gonzalo, mientras se dispone a buscar su abrigo para reunirse con los demás.

—Pues de hijo que ha perdido la serenidad—ha comentado Angelita sin la menor intención de hacer gracia.

Baldo cierra la puerta que todos han traspasado tan precipitadamente, y se retira con gran sigilo.

—Bueno, yo lo siento, pero voy a dejarlos también — les habla con cariño Gonzalo.

—¡No, tío, por Dios, no nos dejes solos!—exclama Angelita, dispuesta a echarse otra vez en los brazos de su tío.

—Con una catástrofe así, ¿no comprendes que yo...? Baldo, el abrigo y el sombrero...

El mayordomo aparece con lo pedido.

—Es que... la verdad, tío... mira, aunque era un incendio así... la cosa no creas que... Vamos, no es para que lo tomes de esa manera.

Angelita lo va diciendo muy despacio, con un miedo enorme de que su tío se enfurezca: se coge una trenza, se alisa el vestido, se aprieta el cinturón... todo esto mientras habla queriendo quitar importancia al incendio.

—¿Pero no decías que las llamas y los bomberos?...

—Bueno, bastantes chispas y un

poco de humo... sino que... vamos, como una ex forastera y no sabe cómo se queman aquí las cosas... pues se alarma por todo y...

Ya no sabía Angelita qué más cosas inventar para salirse de aquel atoladero.

—Entonces, ¿en qué quedamos? —dice Gonzalo ya nervioso.

Y se dirige a Madame Cleofé para interrogarla.

—¿El incendio era tan espantoso como decía mi sobrina?

En buen apuro mete a la pobre mujer: que Angelita se invente cosas, no está mal, pero que ella pague el pato, teniendo que solucionarlo, ¡es espantoso!

—Yo sólo tengo visto unos resplandores así de lucos y unos señores que fumaban en una ventana... más, no le puedo "decir"—replica.

Cleofé ha dicho todo lo que le ha ocurrido en aquel momento. Si estaba mal, ella no podía hacer más.

Gonzalo se ha quedado como petrificado. Con gesto amenazador increpa a Angelita:

—Oye, niña, ¿qué dice esta señora?

La niña se ve perdida, y como no encuentra otra solución, se arroja a los pies de su tío y abrazándose fuertemente a sus rodillas, implora:

—¡Ay, tío, perdón!

—¡Caracoles! ¿Cómo perdón?

—Que lo del incendio... —dice Angelita sin acabar la frase.

—¿Una mentira?—Gonzalo pregunta adivinando la farsa.

—¡No, señor, tres!—asegura la

sobrinita, que se dispone a ser franca del todo.

—¿Cómo tres?

—Sí, señor, tres. Mentira lo del viaje, mentira lo de la carta y mentira lo del incendio.

—Pero, ¿es posible?—la interroga su tío, sin poder creerse todo aquello.

—Sí, señor... Si no que como me daba vergüenza decirle delante de tanta gente que era mentira lo de la carta, y no quería confesar la mentira del viaje, pues he tenido que decir la mentira del incendio...

Gonzalo la escucha boquiabierto, sin saber de qué manera reaccionar ante una conducta tan extraña.

—Que tiene unas imaginaciones muy vivas—interviene Cleofé como para disculparla.

—¡Y tan vivas! ¡Caracoles, qué niña! ¡Hay que ver el embusto! Entonces ¿quién ha escrito esa carta a la directora?—les pregunta Gonzalo para aclarar todo aquello.

—Un guardia... —responde Angelita muy aturdida.

—¿Como un guardia?

—Un guardia... marina, hermano de una compañera del colegio que se llama Totó Arrealagucía.

—¿Arrea la qué?

—Lagucía. El encargó el papel con el membrete de usted y yo le di el borrador.

—Y la directora se tragó el paquete, ¿Muy bien ideado!

La niña llora desconsolada y va a sentarse. Su tío la sigue automáticamente, ya que desde hace un rato todo lo hace sin saber por qué.

—¡Perdón, tío! ¡Soy una mise-

rabie! — murmura Angelita con gran sentimiento.

—No, una miserable, no. Pero ¿por qué has inventado ese embuste? ¿Por qué has querido salir del colegio?

Ella mira con vergüenza a Baldo, mientras sigue llorando a más y mejor.

—No llores, contesta—le dice su tío.

Angelita sigue llorando sin atender a nada ni a nadie.

—¿Por qué no contestas?

—Que se marche ese señor de las patillas—murmura señalando a Baldo, que hace un gran gesto de extrañeza.

—Baldo... vete, que le da vergüenza delante de la gente—le indica Gonzalo con gran resignación.

El bueno de Baldo obedece.

—Ya se ha ido, anda, contesta. ¿Por qué has querido salir del colegio?

La sobrinita se levanta, va hacia él muy mimosa y cogiéndole por los brazos le explica:

—¡Pues porque tengo dieciocho años, tío!

—Mujer, pero eso no es motivo.

—Llevo nueve años en el colegio. ¡Nueve!... No tengo padre ni madre. Sólo te tengo a ti, y me encuentro tan sola... Luego, tío, ya ves que soy una chica ya mayor y aun no he tenido ni unos zapatos con suela de corcho, ni un traje de noche, ni he visto un teatro. Con el pelo que tengo y mira qué trenzas ¡como para atar un baúl! Luego tú no sabes qué es un colegio. Salimos a pasear, un chico me dice

una cosa que me hace gracia y porque me sonrío, cuando volvemos al colegio... Madame la supérieure "Punir d'éssert! Punir récréation! (Castigada sin postre. Castigada sin recreo.) — Y yo, la verdad, con tanto *punir* ya estaba hasta aquí. Y se me metió en la cabeza la idea de marcharme...

Cleofé va corroborando con un movimiento afirmativo de cabeza todo lo que la niña explica a su tío. Angelita prosigue:

—... ¡Y cuando a mí se me mete una cosa en la cabeza!... Pero yo no sabía cómo irme ni dónde irme. ¡Soy huérfanita! Tú lo sabes. "¿Qué haré?", me decía yo.

Gonzalo la miró con ternura mientras la consolaba:

—¡Pobrecilla!

Angelita, que iba poco a poco cobrando energías, continuó más satisfecha:

—¡Está una tan sola en el mundo! Si vieras... Los domingos, como a mí no venía a verme nadie, pues sacaba el retrato de mamá y me iba a llorar al dormitorio—y para demostrar cómo lo hacía se puso a llorar amargamente.

Su tío, muy conmovido, la abrazó con efusión.

Y Cleofé, más emocionada que nadie, dijo:

—Cuando se pone triste ya "dise" cosas para que una semana lloraría.

—Y por eso se me ocurrieron todas esas cosas... ¡Y aquí me tienes, tío! ¡Ay, tío!... ¡Perdóneme, tío, que no lo haré más! — exclamó, arrojándose a sus pies.

—Bueno, mujer, levanta y no llores. ¡Por Dios, no llores!

—¡Y digo que no lo haré más, porque no pienso volver al colegio!

—¿Pero no comprendes que eso no es posible, hija?

—¡Ay, no, tío!... No diga eso... ¡Yo al colegio no vuelvo, porque me cortarían el pelo!

—Bien, bien; os quedaréis hasta que yo escriba a la directora justificando tu viaje para que no te castigue. Después... pero, en fin... De todo hablaremos. Tengo una habitación para forasteros que ocuparéis vosotras. Voy a enseñáros-la y, a dormir, que estaréis rendidas.

—Sí, tío. Muertas de sueño. ¡Pero yo al colegio no vuelvo!

—Pero ¿no comprendes que tu vida, que tu porvenir?...

—¡Sí, es verdad! ¡Mi porvenir!... Bueno, pero dime, tío, ¿tú no tendrías así, algún amigo?...

—¿Para qué?

—Vamos, para... para casarme con él el día de mañana. Una cosa así, modestita, que...

Los tres van subiendo la escalera que conduce a las habitaciones del piso superior. Doña Cleofé sigue con su tema de siempre:

—¡Tiene unas imaginaciones!

Y Gonzalo le va diciéndole:

—No, hija, todos mis amigos son viejos...

—Pues yo he visto uno que parecía... así, de veinticinco años, todo lo más...

—¡Eh?... ¡"Parece" que no se fija!... medita Cleofé

—Sí, hija, ése que dices tiene

veinticinco años, pero también es viejo.

—¡Qué lástima! ¡Viejo tan joven!...—suspira la niña.

Entran en la habitación de forasteros, que va a ser el dormitorio de ellas.

—¡Ah, qué bien vamos a estar aquí!—exclama Angelita encantada de lo bien arreglada que está.

—Pues que descanséis, y mañana decidiremos. Buenas noches.

—Buenas noches, tío.

—Buenas noches, señorito.

Se oye llamar con gran impetu al timbre de la puerta; Gonzalo comenta alarmado:

—¡Eh! ¿Quién llama a estas horas?

—Deben de ser tus amigos que han ido a ver el fuego—le explica Angelita.

—¡En buen hora me has metido!

Sigue sonando el timbre potentemente. Baldo abre la puerta y entra con precipitación toda la "troupe" de amigos armando un escándalo formidable. Mary grita como un "energúmeno":

—¿Dónde está Gonzalo? ¡A ver si se cree que voy a dejarme tomar el pelo por esa niña!... ¡Gonzalo!

—¡Hay que ver con la colegiala!—dice Terc, ya tranquilizada por lo de su padre.

—Pues ha tenido gracia—añade Rodrigo mientras va trasgorgando churritos.

—¡No digas!—le interrumpe Glori indignadísima.

—¡Gonzalo!—grita Manolo a todo pulmón.

—Pero ¿dónde se ha metido?...

¡Gonzalo!—vocifera Mary, y todos le hacen coro.

Baldo, muy comedido, les comunica:

—Está acomodando a la señorita.

Mary no se resigna y le interrumpe para exclamar:

—¡Habernos estropeado la cena!

Gonzalo reaparece por la escalera con mucha calma mientras pregunta:

—Pero ¿qué sucede?

—¡Hombre, gracias a Dios! ¿A ti te parece bien la bromita que nos ha gastado la niña? — le responde Mary hecha una furia.

—¿Es que no había fuego?—comenta Gonzalo muy ingenuamente.

—¿Y te guascas encima? — masculla su cara amiga.

—No; pero has de comprender que la chiquilla quería hablar a todas conmigo y...

—Sí, discúlpala. ¡Vaya entrada de año que nos ha dado esa mocosa!—insiste Mary.

—Pero si no hay nada perdido... Yéndonos a celebrarlo comiendo en otra parte... todo arreglado—aconseja muy sabiamente Rodrigo.

—¡Así se habla!—cogroborá Juli. Y Clotí la segunda diciendo:

—¡Ya nos estamos largando!

—¡Eres grande, Rodrigo! — comenta Manolo.

—Es una idea. Anda, Gonzalo, vámonos—argumenta Mary, tratando de convencer a su amigo, que está muy indeciso, aunque concluye por decir:

—Lo que tú quieras.

Angelita y Cleofé están escuchando desde detrás de la puerta

toda la charla anterior. A la niña no le hace la menor gracia eso de que su tío se vaya; va escuchando con manifiesto disgusto todos los argumentos con que tratan de convencerlo.

—Así podrán descansar las viajeras—dice Manolo.

—Baldo, el abrigo y el sombrero — pide Gonzalo, y Angelita muy compungida exclama:

—¡Y se va a marchar!... ¡Y nos va a dejar solas!

Esta idea la horroriza, y sin encomendarse a Dios ni al diablo, da un chillido espantoso y se precipita por las escaleras como una tromba. Todos, muy asustados, preguntan:

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

—¿Qué tienes?—le interroga su tío.

—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Un ratón! ¡He visto un ratón!

Todas las mujeres se suben a las sillas muy asustadas gritando:

—¡Ay!

—¡Caramba, qué susto! — dice con sorna Rodrigo.

—¡Ay, he pasado un miedo, tío!

—¿Dónde está el ratón?—le pregunta muy indignado Manolo.

—¡Allí arriba! — contesta Angelita mientras le dice bajito a Gonzalo:— Tío, ese es el joven que te decía.

—Bueno, pues ya se encargará Baldo de buscarlo — contesta Gonzalo.

—Pero, ¿te vas a marchar, tío?... ¡No, tío, no me dejes sola, que tengo mucho miedo!

—Ya se queda Baldo.

—Es que también me da miedo Baldo, con esas patillas... ¡No te marches!

Y Angelita habla con tal sentimiento, que su tío Gonzalo exclama:

—¡Vaya por Dios!

Manolo, muy condescendiente, mete baza ayudando a la niña, y les dice:

—Tiene razón Angelita. Ya que ella ha llegado, debes quedarte...

—¡Qué simpático es tu amigo! — comenta la sobrinita, muy convencida.

—Gracias — le responde Manolo, haciendo una ligera inclinación de cabeza.

—Oye, tú... — le increpa Mary con ojos de lobo feroz.

—¡Cállate! Verás cómo lo arreglo todo. Nosotros vamos a cenar y el gasto corre de tu cuenta, Gonzalo — propone Manolo con gran frescura.

—Por mí, conforme — opta Gonzalo con satisfacción.

Mary se pone furiosa.

—¡No vayas a dar un espectáculo delante de la niña! — comenta Manolo por lo bajo—. ¿Qué? ¿Se acepta el plan?

Y luego, alzando la voz, pregunta:

—Aceptado, ¿sí o no?

—Sí, sí, ¡en marcha! — dice Rodrigo, mientras se dispone a salir.

Mary agrega:

—Que descanses, Gonzalo... y ya hablaremos.

—Eso te vale la finquita — va diciéndole Manolo, mientras la coge por el brazo.

—¡Adiós, Gonzalo!... ¡Que encuentres al ratón!... ¡Feliz Año Nuevo! — gritan todos, irónicamente.

Baldo cierra, con su parsimonia acostumbrada, la puerta de la calle.

—Bueno. Vamos a la casa del ratón — le dice Gonzalo a Angelita.

—No, si debe de estar por aquí... salió de mi cuarto y...

El tío comprende.

—¡Yal... Bien, ¡a dormir!... y mañana hablaremos.

—Buenas noches, tío — dice Angelita mientras lo abraza con efusión. El la besa paternalmente. La niña sube la escalera y desde arriba le grita:

—¡Tío!

—¿Qué? — le responde Gonzalo.

—Que... no busques al ratón. Me parece que ha salido con tus invitados.

—¡Yal!

El reloj de pared marca las ocho; ocho sonoras campanadas que despiertan a Cleofé que duerme beatíficamente en su muelle cama.

—¡Las ocho han dado! ¡Qué vergüenza!... ¡Angelita!... ¡Angelita! ¡Despierta, Angelita!—llama Cleofé, muy excitada.

—¿Qué sucede?—pregunta la niña como si viniera de otro mundo.

—¿Que las señoras se nos han pegado pues? ¡Que son las ocho, niña!

—¿Las ocho ya? ¡Qué dormilonas! —va murmurando Angelita mientras se despereza.

—A levantarnos, vamos, y limpiar un poco la casa, que sucia me pareció anoche y con algo hemos de pagar. ¡Hala pues!—le ordena a la niña, que ya se levanta.

Se visten y arreglan en un santiamén; colchones, muebles y alfombras, todo en danza, porque las dos se proponen hacer una limpieza a conciencia.

Luego se dirigen al comedor; Angelita abre de par en par el hermoso ventanal.

—¡Puu!... ¡Puu!... ¡Qué pocilga! ¡Cómo se nota la falta de una mano de mujer en esta casa!—comen-

ta la niña, sintiéndose ya como si fuera la mujer que hacía falta.

—Pues mujeres muchas había anoche — agrega Cleofé, mientras sacude los zorros.

—Diablos me parecieron a mí—le dice Angelita moviendo los ojos con susto.

—Pintarrajeadas ya iban.

Baldo aparece, con un aspecto adormilado que mete miedo, y le pregunta con extrañeza:

—Pero, ¿qué están haciendo ustedes? No son horas de limpiar... Van a despertar al señorito, que tiene costumbre de dormir hasta la una, el día que madruga.

—¡Que ya es madrugada!... Pues desde mañana va a levantarse a las ocho, y ahora va usted a despertarle y a decirle que necesito hablar con él en seguida—ordena Angelita en un tono que no da lugar a dudas.

—Señorita, yo..., no me atrevo, me va a tirar algo y luego que... no es decente levantarse a esta hora.

—¡Claro que no! Lo decente es levantarse a las seis.

—¡Mi madre, a las seis!—exclama Baldo, poniendo los ojos en blanco.

—¡Hala! Llamándole ya lo está. ¡Hala, hala! — le dice Cleofé con

energía, mientras enarbola una escoba con gesto amenazador.

Baldo, medio asustado, se dirige a la puerta, murmurando:

—Bueno, bueno... sin atosigar.

—¡Y sin replicar! ¡Hala!—insiste la enojada Cleofé.

—¡Mi abuela, qué geniecito! ¡Voy, voy!

Antes de salir, Cleofé lo llama:

—Oiga usted, Baldo, ¿esto que le hay entre mitad y mitad, es jamón?—dice la fámula, contemplando un hermoso emparedado.

—Es un medianoche—responde de mala gana el pobre hombre.

—Porque no le tenemos nada comido desde las nueve de la noche de ayer y el estómago... Gracias. Vaya a lo que la señorita le ha ordenado. ¡Hala, hala!

Baldo sale refunfuñando y Cleofé llama a Angelita para comunicarle:

—Ya te pruebas una media noche "pa" ti, media noche "pa" mí. En el plato aun te quedan dos nocheas.

—No, yo no tengo gana—le responde, mirando con marcado desprecio todo aquello. Pero Cleofé tenía apetito por las dos.

Gonzalo duerme como un bendito; Baldo lo contempla con cara de lástima, mientras susurra muy bajito:

—¡Señor!... ¡Señor!

El señor da una vuelta en la cama y Baldo se rasca la cabeza sin saber qué partido tomar.

—Despierte, señor... ¡Señor!

Una rápida zapatilla pasa rozándole su linda testa.

—¡Largo de ahí!—gruñe Gonzalo mientras vuelve a tumbarse.

Baldo primero esquiva la zapatilla, luego titubea, luego se le ilumina el rostro como si se le ocurriera una idea feliz; se acerca al señor y, con suave acento, dice:

—¡Anda, cómprame una finca!

El efecto que produce es formidable. Gonzalo se sienta en la cama completamente despierto. Al ver que es su criado, exclama:

—¡Eh?... ¿Tú?

—Perdón, señor; pero la señorita Angelita me ha obligado a despertarle; dice que necesita hablar con usted.

—¿Y qué hora es?—le pregunta nervioso.

—Las ocho y media, señor—replica Baldo con mucha vergüenza.

—Y tú, idiota, ¿has consentido?

—Señor... Yo me he visto obligado a obedecer para impedir que ella misma...

—¡Vaya! Pues estamos bien... ¿Qué se ha creído esa niña? ¡Despertarme a las ocho!—murmura Gonzalo, mientras se coloca las zapatillas y coge una bata.

Angelita y Cleofé prosiguen con su limpieza. Entra Gonzalo con Baldo, que se retira después de lanzar a las dos mujeres furiosas miradas.

—¡Oye, oye, Angelita! ¿Te parece bien hacerme levantar a esta hora? Mal está que hayas venido; pero encima perturbarme la vida, no te lo consiento, ¿estamos?—le reprocha el tío, con cara de pocos amigos.

—Pero, tío, tú no sabes lo hi-

giénico que es madrugar y lo que despeja la cabeza. Porque tú debes trabajar en algo, ¿verdad? — pregunta Angelita con su "horrible" ingenuidad.

—Yo no trabajo, porque no tengo clientes, ni los quiero, ni me importan.

—¡Ah! Pues hay que buscártelos y así podrás distraerte, porque me da el corazón que haces una vida muy aburrida.

—Aunque alegre "parece" — comenta Cleofé.

—Hago lo que me da la gana, y tú no eres quien para juzgarme— reprocha Gonzalo con visible mal humor.

Angelita, con mimo, le coge por las solapas.

—Oye, tío, en serio; déjame quedar a tu lado y verás qué bien organizo tu vida.

—Pero ¿cómo vas a estar en esta casa si yo soy un hombre solo?

—Pues más sitio tendrás—le responde Angelita sin querer dar su brazo a torcer.

—¿Y cómo justifico yo que una señorita?... —interroga Gonzalo buscando una salida.

—¡Pero si yo no digo como una señorita! ¿Tú no necesitas una doncella que te cosa, que te planche?... ¡Porque te advierto que yo eso sí! ¿Cómo cosa yo a vainica? ¿Y surcir? ¿Cómo zurzo yo?—interroga Angelita.

—¿Cosa de primor! — responde Cleofé—. Chica que se "hasia" un roto en el colegio, todas mandaban a Angelita: anda y que te "surza".

—¿Cómo vas tú a hacer de criada?

—¡Pues yo no vuelvo al colegio!

—¡Pero, hija!

—¡No vuelvo y no vuelvo!

—Bueno, niña, y, sobre todo, entiende como puedas, hija; un hombre soltero, aun siendo de mi edad y aun siendo pariente, no puede vivir solo con una señorita... ¿No la comprendes?

—Doña Cleofé se quedaría con nosotros. Tampoco ella quiere volver al colegio.

Cleofé, con gran humildad, y doblando su larga figura por la mitad, murmura:

—Yo quedaría con ella si querían o así, "pa" ganarme un pedazo de pan ya podría.

—Anda, sí, sí... ¡Di que sí! Tú verás cómo te cuidaremos las dos.

—¡Oh, eso ya podría andar descuidado! "Cocinera" que sisara un real ya se iba de patas a la calle—le asegura Cleofé.

Y Angelita sigue tratando de convencerla:

—La casa sería un espejo de limpia. Y tú viviendo con absoluta libertad. Nada más con que nos llevaras al cine jueves y domingos, tan contentas, ¿verdad, Madame?

—Y las fiestas a guardar—agrega la Madame.

—En fin, hija, por lo pronto estarás unos días aquí—otorga Gonzalo, ya casi convencido.

—¡Ay, qué gusto! ¡Qué alegría! ¡Nos quedamos! ¡Nos quedamos!—peorrumpe Angelita con toda clase de manifestaciones de felicidad.

Y se quedan, ¡ya lo creo!

Todo adquiere en seguida un aspecto más acogedor; sus miradas y sus manos van convirtiendo en un hogar confortable aquella casa tan abandonada.

En la cocina, Cleofé, con un dietario en la mano, va pasando cuentas a Baldo:

—Siete pesetas de fruta. Ya está.

—Quince cincuenta de queso — dice el criado, con cierto temor.

—¡Huy, qué carísimo! ¿Qué queso ha traído usted?—interroga Angelita, dejando por un momento en suspensión los visillos de floritas que está colocando.

—Peñas Arriba, señorita—le explica Baldo.

—Pues nada de Peñas Arriba, que ya estamos cansados. Manchego y gracias, que con diez pesetas tenemos para dos veces.

Y sigue con sus visillos.

—Seis cincuenta de mermelada. No tan dulce como usted—le dice Baldo a Cleofé poniendo unos ojos de beauro que apabullan.

—A mí, sinvergüenzoneras no me disc, que se lo cuento a la señorita — protesta la fámula muy ofendida.

—Es que desde que se ha vestido usted de claro me gusta más que un merengue.

—¿Qué? — pregunta la señorita, que ha oído campanas y no sabe dónde. Baldo dice:

—Ráñanos, una quince.

—Baldo—le interrumpe Angelita—, acompáñeme al jardín a cortar unas flores, y usted, doña Cleofé, procure que la comida esté a las dos en punto.

Baldo se hace el rezagado, e in-

tenta abrazar a Cleofé; ésta le da unos puñetazos certeros y, en vista del éxito, se va.

En el jardín Angelita se siente feliz, corretea de un lado para otro cortando flores, y aprovecha también este ratito en que está sola con Baldo para interrogarle:

—Diga usted, ¿qué clase de gente es la que venía a esta casa?

—Pues... gente alegre, y con la gente alegre, ya se sabe, todo son "bufetías", broncas, matoneras, más gastos de los debidos...

—¡Qué horror! Y diga usted, ¿entre tantas mujeres como han entrado aquí, no ha encontrado mi tío una que le quisiera de verdad?

—¿Quererlo?... Calle usted.

—¿Y esa... que es su... su más amiga? — pregunta Angelita con gran angustia en la voz.

—Esa... Desde que tiene amistad con él no la he oído decir más que: "Te adoro, cómprame una sortija. Te quiero, cómprame un auto. Si quieres que me vuelva loca por ti, cómprame una finca" — explicaba con mucha gracia el simpático Baldo.

—Y él, ¿la quiere? — inquiere afanosamente Angelita.

—Al parecer, sí.

—¿La ha querido! — murmuró como para sí misma.

—Y eso que hay que ver cómo le ha tratado ella siempre. Peor que mal. ¡Me acuerdo de un día!... Un día que el señorito estaba un poco mareado y le dijo no sé qué broma, ella fué y cogió un jarro de flores y se lo estampó en la cabeza, ¡que le hizo una brecha!

—¡Qué horror!—exclama Angelita en el paroxismo de la indignación.

La conversación queda interrumpida por la llegada de Manolo, que saluda satisfecho:

—Buenos días.

—¡Hola, don Manolito!—le responde Angelita con gran cordialidad.

—¿Qué tal por esta casa?

—Muy bien. Baldo, dame las flores y avisa a mi tío que está aquí el señorito Manolo.

—Bien, señorita—dice el criado, mientras se dispone a cumplir el encargo.

—¿Y cómo usted tan madrugador?—pregunta Angelita con mucha sorna.

—¡Oh, es que yo, Angelita, soy de los que ven salir el sol!

—¿Es usted sereno?—le interroga ella poniendo una carita muy picaresca.

—Sereno, no, Angelita; noctámbulo, que decimos ahora... de esos que se acuestan y no se levantan; bueno, que se levantan y no se acuestan—responde Manolo hecho un lío.

—Sí, vamos, de esos que no se sabe ni cuándo se acuestan ni cuándo se levantan.

Y mientras van hablando, abandonan el jardín y entran en casa.

—Si viera usted el trabajo que me ha costado acostumbrar a mi tío a dormir por las noches—le cuenta Angelita con mucha gracia.

—¿Como que debe ser una cosa difícilísima! ¡Yo no sé cómo Gonzalo...! Bueno, las mujeres obligan

ustedes a los hombres a los mayores disparates.

—¡Sí, que le estamos desorganizando la vida!... ¡Ah, oiga usted, Manolo! Tiene que convencer a mi tío para que no me lleve al colegio. No quiero volver, ni atada. ¡Hágalo por mi felicidad! Quiero que nos marchemos mañana. A usted, que es su mejor amigo, le hará caso.

—Descuido. Pero... ¿me querrá usted un poquito si consigo esto?—le dice Manolo con voz melosa. Y Angelita, muy ruborosa, le contesta:

—Yo... todavía soy tan niña... Como no tengo costumbre... Pero...—y Angelita se calla porque aparece su tío.

—¡Hola, Manolo!

—Tengo que hablarte de una cosa urgentísima.

—Pues pasemos a mi despacho. Y tú prepáralo todo para partir mañana sin falta.

Angelita hace un mohín de desagrado, comentando al mismo tiempo:

—¡Jesús, qué prisa! ¡Adiós, don Manolito!

—¡Adiós, Angelita!—le responde con la mejor sonrisa.

Los dos caballeros entran en el despacho y Gonzalo le interroga sin rodeos:

—¿Qué traces?

—Precaumirá a lo que vengo—asegura el otro.

—Mary debe catar echando las muelas, lo comprendo. Pero no puedo salir, chico. ¡Me escondió la llave Angelita! Estoy peor que un colegial travieso—se disculpó Gon-

zalo, medio en serio, medio en broma.

—Pues no sabes de lo que te has librado, porque apenas pudimos contener a Mary. ¡Quería venir a armarte un escándalo a las tres de la mañana! ¡Figúrate!

—¡Lo único que me faltaba! Dile que tenga paciencia, que se marchan mañana.

Esto es lo que se imagina Gonzalo, pero en la cocina no opinan lo mismo, como lo corroboran las exclamaciones de Angelita:

—¡Pues mañana no nos marchamos!

—Pero, ¿no te comprendes? — trata de convencerla Cleofé, en su original lenguaje.

—No "me" comprendo nada. Es preciso que nos quedemos en esta casa el tiempo preciso para salvar a mi tío, y nos quedamos.

—¡Qué "salvaciones" ni qué cosas, si tu tío quiere que "salimos" de aquí cuanto antes!

—No es mi tío el que quiere; y yo no me voy hasta que no le arranque de las garras de esa... sefiora.

—Bueno, no te estires, no te pongas esos ojos que dan miedo, ¡caramba!

—Y voy a poner en juego mis recursos ahora mismo—termina Angelita con decisión.

Salte de allí corriendo, y baja la escalera a toda velocidad, la vuelve a subir y de nuevo el rellano hace movimiento como de tirarse, pero como esa idea no la seduce, coge un

hermoso jarrón y lo arroja por la escalera, ella la baja cómodamente y al final se tiende como si se hubiese caído, lanzando unos gritos desgarradores.

—¿Qué habrá sido eso? — pregunta Gonzalo con extrañeza.

—Parece que ha sido en la escalera.

—Una diablura de Angelita, como si lo viera.

En la cocina, Cleofé, poniéndose las manos en la cabeza, exclama:

—¡Dios mío! ¿Qué habrá hecho Angelita?

Todos corren al vestíbulo. Angelita lanza agudos ayes, como si todos los huesos se le hubieran roto. Le atienden, le preguntan, indagan, mientras ella sigue gimiendo con una propiedad que cualquiera caería en la trampa. Gonzalo la toma en sus brazos y la lleva a la cama.

—No me he matado por milagro. Pero me he roto un pie... ¡Ay!—sigue gritando la endiablada chiquilla. Y añade entre mimosa e irónica:

—Por lo único que lo siento es porque mañana no me podré marchar al colegio...

Gonzalo le da una mirada fulminante y ella baja los ojos humilde, mientras por el rabillo de uno de ellos se le escapa una disimulada luz de picardía.

Con el truco logra no marcharse, y prolonga la convalecencia, empeñada en aquel juego que ha entablado con su tío y que quiere a toda costa ganar.

Una mañana, Gonzalo, frente a su mesa de trabajo, hojeaba aburrido sus papeles, estudiando un caso que había aceptado sólo por complacer a su sobrina, que se había empeñado en hacerle trabajar de nuevo. ¡Dios mío! ¡Trabajar! ¡Si había perdido hasta el sentido de aquella palabra!

—Verás, tío — le dijo Angelita, que no se separaba nunca del lado de Gonzalo—, todo eso es muy fácil. He hojeado los autos y verás cuántos argumentos se me han ocurrido para rebatir la acusación. Mira, me pongo tu toga... tu birrete... y estas gafas, para estar más en carácter — sigue diciendo, mientras ejecuta las acciones que enumera. —Miro a la concurrencia, me entiro los puños, correspondo para llamar la atención y, ahuyentando la voz, digo: "Señores de la Sala... Voy a rebatir todos los cargos que ha hecho el digno fiscal a mis defendidos... Dice el fiscal, señores de la Sala, que es un hecho indudable y probado que mis defendidos entraron a robar en el hotel de la conocida bailarina Antonia Minguéz "la Topacio", y le quitaron cuantas ropas posea... Y aun cuando eso fuera cierto, señores de la Sala, quitarle la ropa a una bailarina que baila

casi desnuda... ¿es motivo para condenar a una infelice? Porque es lo que ellos se habrán dicho, pensando en la ropa de esa mujer: "¡Si no se la quitamos nosotros, se la va a quitar ella!"

Sin poder contener la risa Gonzalo la obligó a guardar silencio y se levantó, disponiéndose a salir.

—¡Oh! ¿Te marchas?

—Es un compromiso ineludible.

Cuando Angela ha salido del despacho, Cleofé, consternada, le recuerda:

—Ayer ya te has oído que "pa" el sábado sin falta tendría dos billetes del rápido.

—Sí, pero no haga caso. Todas las semanas dice lo mismo, y luego, yo...

—Pero tú, a lo mejor, dices que es para salvar a tu tío y luego es que te gusta ese pollo de pelo "atrasao pa" arriba—comienza Cleofé.

—¿Don Manolito? ¡Pero si no le gusta!—contesta Angelita, muy divertida.

—¿Pues a qué viene a esta casa? Mira, ahí le tienes.

—Buenas tardes, Angelita... ¡Lo que he pensado hoy en usted!

Pero no pueden seguir hablando,

porque Gonzalo baja ya dispuesto a salir a la calle.

—Vamos, Manolo—dice, sin hacer caso de Angelita, que tuerce el gesto porque aquellas salidas no le gustan, y va a dar el abrigo a su tío, pero escondiéndole el pañuelo de seda que suele ponerse en torno al cuello.

—¿Dónde está mi pañuelo?—pregunta Gonzalo.

—¿No lo tendrás en el bolsillo? Aquí no está—replica Angelita, fingiendo buscar en el armario.

—Pues me iré sin él... ¡Con lo resfriado que estoy!

—¡Que te cuides, tío! ¡Que te abrigues! ¡Que no tomes salsa picante ni mostaza! ¡Que tengas cuidado con los coches!—va recomendando Angelita, que todo cuanto desea es retrasar aquella salida.

—Bueno, rica, ya está bien... ¡Hasta luego!—replica el tío, dando un portazo.

Haciendo una mueca de enfado, Angelita se encaminó a la cocina. ¡Algo tenía que hacer ella para evitar las salidas de su tío! Pero al llegar a la cocina la sorprendieron unas palabras de Baldo, palabras apasionadas, llenas de amor, que Cleofé escuchaba ruborosa y entusiasmada, como una niña de quince años que por vez primera escuchara palabras de amor.

—¡Doña Cleofé... sólo un poco de cariño! ¡De rodillas se lo pido! ¡Cariño!—suspiraba Baldo en un raptó de pasión.

—¿Cariño has dicho?—irrumpió Angelita, entrando en la cocina co-

mo una tromba—. Pues a demostrarlo, Baldo.

—¡Señorita!—exclamó éste, ruborizándose a la vez.

—¿Tú sabes el número de teléfono de esa... Mary?—pregunta Angelita, que iba derecha a su idea.

—Sí, señorita.

—Pues llámala de parte del señorito diciéndole que se le ha olvidado dónde se han de encontrar esta noche... ¡Y pronto! Y luego, prepárate, que esta noche vas a salir conmigo de juerga...

—¡Señorita!

—¡Hala, hala, no repliques pues!—ordena Cleofé. Y cuando Baldo ha salido, se vuelve a Angelita y le pregunta, haciendo rodar sus grandes ojos de pajarraco nocturno:—¿Qué nueva locura se te ha ocurrido?

Angelita no contesta, sube a su cuarto, se viste con un traje de noche que realza la belleza de su figura y da un aire de encantadora inocencia a su rostro de niña, y se marcha con Baldo al cabaret en donde está segura de encontrar a su tío, a su tío que, bien ajeno a la tempestad que se le avecina, se está confesando con Manolo:

—¡Es que esa niña se metió en mi casa para un ratito... y hace mes y medio que la soporto! No hay forma de mandarla al colegio... Ella se ha puesto de largo, la madame se ha puesto de corto... Despierta a la cocinera... Me hace dormir de noche y trabajar de día... ¡Y si fuera eso sólo! Porque te confieso que desde que llegó esta niña tengo algo así, como una inquietud inte-

rior, que pone ante mis ojos más claro el desastre de mi vida... el egoísmo... la maldad de todo cuanto me rodea... el ocio en que me consumo ¡Qué sé yo!

Mary no le ha dejado continuar en sus confesiones, porque llega, hecha una sirena, a sentarse a su mesa, reprochándole que sea tan olvidadizo y que se haya visto obligado a hacerle preguntar por su mayordomo el lugar donde cenaban aquella noche...

Gonzalo cambia una mirada de susto con Manolo. ¿Qué estratagema será aquella? ¿Quién habrá llamado a Mary? ¡Ah, si hubiera sido cosa de Angelita!

Y cosa de Angelita ha sido, en efecto. Menos mal que, cuando entra la niña en el cabaret, Mary se ha ido a escena a cantar, a cantar una de aquellas canciones frívolas y triviales con las que conquistaba la admiración del público, no por cómo las cantaba, sino por cómo las presentaba...

—¡Angelita! ¿Tú por aquí? ¿Cómo has venido?—exclama Gonzalo, en el paroxismo de la desesperación, viendo a su sobrina, tan serena, sentarse en el mismo lugar que hacía pocos minutos ocupaba Mary.

—Pues... he venido en auto. ¡No sabes lo que he padecido por ti, porque has salido sin pañuelo! Por fin lo encontré y he venido a traértelo. Si te hubieras reafriado nunca me lo perdonaría.

—¿Pero tú en este sitio? ¿Y tú, Baldo, cómo no la has hecho desistir de tal propósito?

—¡Ay, no le riñas, tío! ¡Tenía

tantas ganas de conocer un cabaret! —exclama Angelita mirándolo todo con ojos llenos de asombro, que se paran en la figura de Mary, destacada bajo el foco potente de luz que cae sobre ella, a pocos pasos de la orquesta que la acompaña en su canción.

—¡Qué señora tan fina! —exclama Angelita con sorna—. ¡Se le ve el catropajo a la lengua!

Gonzalo está angustioso, temiendo el escándalo; pero logra escribir unas breves líneas que da a un camarero para que se las entregue a Mary. Desde aquel instante sólo sueña en apartar a Angelita de aquel lugar. Pero la chiquilla se encuentra a gusto, quiere bailar, quiere divertirse; sólo que Gonzalo no la deja que baile con Manolo y la obliga a bailar con él. ¡Conoce demasiado a su amigo... para confiarle a la chiquilla! Sólo de él mismo puede responder, ¡Y cómo baila esta criatura! ¡Si parece una pluma! No puede menos de decirsele:

—Bailas muy bien... ¿Quién te ha enseñado?

—Las amigas... Tú sí que bailas bien. ¡Me pasaría toda la noche así!

—afirma Angelita, que se encuentra en el mejor de los mundos—. ¿Me dejarás bailar más?

—¡No!—grita Gonzalo.

Angelita recurre de nuevo al subterfugio del pie. Si no la deja bailar es mejor que se marchen a casa.

—¡Ay... tío, el pie... me he resentido del pie! ¡Llévame a casa, por favor, no me dejes sola!

¡Qué chiquilla, Dios mío!... ¡No

hay más remedio que hacer lo que ella quiere! Y Gonzalo, después de haber recomendado a Manolo que procure calmar a Mary, se lleva a Angelita a casa. ¡También por esta vez había triunfado la colegiala sobre la vampiresa!

—¿Qué te ha parecido el cabaret?—pregunta Gonzalo, mientras el coche les conduce a través de las calles.

—Una cosa muy aburrida—afir-

ma Angelita— Yo no sé cómo puede gustarle eso a nadie... Esas mujeres tan pintadas y fumando... Aquella fregatriz cantando... ¡A ti que tienes tan buen gusto y eres sensato y serio, no puede gustarte todo eso!

—Sí... claro... claro—replica, sin convicción y un poco confuso, Gonzalo, que no se había turbado nunca, hasta ahora, ante una mujer.

Al día siguiente Gonzalo sorprendió a Manolo flirtando con Angelita. Más le dolió que ésta se prestara al juego que no que aquél lo iniciara, porque bien sabía lo que Manolo y cualquiera de sus amigos... ¡sus amigos!, eran capaces de hacer.

—¡Angelita, a tu cuarto en seguida! — gritó Gonzalo, poniendo fin a una escena que le molestaba sobremedida.

—Pero, tío... sí... si yo sólo le decía a Manolo que cuando mi corazón lata... si es que late... pues cuando lata... lata.

—¡He dicho que a tu cuarto! — ordenó Gonzalo con mayor severidad.

Y al quedarse solos, se volvió a Manolo y le increpó:

—Tú eres un canalla de un tamaño sobrecogedor, Manolo.

—Por Dios, Gonzalo, no me hagas responsable de que tu sobrina me trate con cierta predilección.

—De lo que te hago responsable es de que alientes y estimes la simpatía de una niña, sabiendo que no puedes llevarla a término decoroso. Eres un siovergüenza al que no voy a permitirle que ponga más los pies en esta casa donde no has sabido respetar a una niña.

—¡El diablo, harto de carne! — murmuró Manolo, desdichoso.

—El diablo harto de carne... te va a dar a ti dos chuletas, si no te marchas a la carrera... que yo también sé hablar grosero... ¡A la calle! — rugió Gonzalo, acompañando la acción a las palabras, lanzando de un solemne directo a Manolo en medio del arroyo.

Y cuando hubo cerrado de nuevo la puerta se volvió a Angelita, que ya estaba de nuevo a su lado, como si fuera su sombra o su perrillo faldero, y le gritó:

—Y ahora mismo voy por los billetes. El tren sale a las seis. Tienes el tiempo justo de hacer el equipaje.

—Pero, tío, ¿y el dolor... y mi cojera... y el reuma?

—Coja... con ciática... con reuma, ¡aunque estés paralítica, te marcharás esta tarde!

—¡Pero qué afán de que me marche! Me iré, si así lo mandas, pero no podré olvidar nunca la crueldad con que he sido tratada en esta casa, por mi tío, ¡por lo único que tengo en el mundo! — exclamó Angelita, en tono tan conmovedor que Gonzalo la miró sobrecogido; pero en seguida se repuso y ordenó a Baldo:

—¡Baldo, la señorita y doña Cleofé se van esta tarde! Yo salgo a comprar los billetes. Durante mi ausencia no dejes entrar a nadie.

Salió, dando un portazo. Baldo estaba más pálido que la cera. Marcharse Cleofé era como arrancarle un pedazo de su alma. Los tres estaban tristes y las dos mujeres hacían el equipaje con los ojos llenos de lágrimas; sin saber bien qué era lo que tenían que meter en las maletas, mientras Baldo andaba de un lado para otro, lanzando hondos suspiros, como un alma en pena.

De pronto, Angelita volvió a sacar todo cuanto habían guardado y afirmó:

—¡Ea! ¡Es inútil! ¡No me marcho, no me marcho y no me marcho! ¡Si quiere, márchese usted!

—¿Yo? — preguntó Cleofé con cara de pasmo—. ¡Ah, señorita! ¡"Pa" qué me sacaría a mí del colegio!... Porque ahora... una, una... ya... ¡Aaaaaah!—sollozó, sin poder contenerse.

—¡Ay, Dios mío! ¿Pero qué es lo que le pasa?

—¡Ay, Angelita! "Pa" una vez que se "hase" una enamorada—gimió Cleofé.

—¡Atíza! ¿Usted enamorada? Pero, ¿de quién?—preguntó Angelita, que a duras penas podía contener la risa.

—De... pues de... Baldo.

—¿Pero es posible? ¡Quién iba a figurárselo!

—Es que yo, de los cariños nada me sabía, señorita... Que te "empiesas" que te "aborreses" a un hom-

bre y acabas que pitillos le comprarías o así...

—¡Bendita sea esa boca!—exclamó Baldo, que acababa de escuchar aquellas palabras—. ¡He dicho boca? ¡Esa clavellina encarnada que ha dicho que me quiere! ¡Repítelo, sultana!

—¡Hala, hala... marcha lejos!—replicó Cleofé, encendida en rubor.

—No me da la gana... con permiso de la señorita... que Dios ha echado al mundo un talgo de gloria para mí y no me pierdo ni un cuarto de kilo. ¡Y ustedes no se van de aquí, pase lo que pase! ¡Que desde que llegaron ustedes ha entrado la alegría en esta casa!

—¿De veras, Baldomero? ¡Y es por ella... por esa mujer... por lo que yo tengo que irme de esta casa!—suspiró Angelita.

Pero Baldo ya no la oía, porque el repetido tintineo del timbre le obligó a ir a abrir la puerta. A los pocos momentos, entró de nuevo, demudado.

—Señorita. ¡Es ella!

—¿Ella? ¿Quién?

—Pues... la... señorita Mary.

Angelita bajó rápidamente la escalera, sin hacer caso de las amonestaciones de Baldo y Cleofé, y se enfrentó con Mary.

—¿Qué quiere usted? — le preguntó.

—Venía a ver a Gonzalo, no a usted... pero en fin, me alegro tantísimo de verla a usted buena... niña—dijo Mary, despectiva.

—Yo también a usted... señora—replicó Angelita, acentuando mucho esta última palabra.

—¿Le ha molestado a usted lo de niña? Porque lo retiró.

—¿Le ha molestado a usted lo de señora? ¡Porque también lo retiró! Se sentaron y estuvieron un rato calladas. Al fin Mary inquirió:

—¿Y qué... se van ustedes ya?

—Sí, todo llega, ¿verdad?—contestó Angelita, irónica.

—¿Le molesta que fume?—preguntó Mary, sacando un pitillo y disponiéndose a encenderlo con un gesto muy descocado.

—A mí no... A la que debería molestarse es a usted.

—¿Querrá mucho a su tío, verdad?—dijo Mary, desviando la conversación.

—¡Figúrese! No tengo otra cosa en el mundo más que él... Por eso digo yo que aunque me marche es como si me quedara, porque el que nos deja un poco de cariño no se va nunca de nosotros... Y eso creo que le pasaría a mi tío... En cambio, hay personas tan traidoras, que todo lo envenenan. Había en el colegio una niña, Pascualita Montalbo, que cuando me decía "te quiero", era para que le copiara los verbos. Si me decía "te adoro" era para comérsese el postre... Y esa niña, aunque sigue en el colegio, para mí es como si se hubiera ido. Sólo me acuerdo de ella para decir: "Dios mío, que no me encuentre otra Pascualita en el mundo". ¡Porque si viera usted cuántas Pascualitas hay...!

—¿Qué quiere usted decir, niña?—preguntó Mary, levantándose de su asiento soliviantada—. ¡Porque lo dice usted en un tono!

—Por Dios, señora... No he querido decir que en esta casa haya hecho usted la Pascualita...—dijo Angelita, con mucha ingenuidad.

—¡Ni yo lo hubiera aguantado! Yo tengo la culpa de estar oyendo tonterías y haber perdido el paseo de la mañana.

—¿Pues váyase usted a paseo, por favor!—replicó Angelita, acompañándola hasta la puerta, que le abrió muy galantemente, mientras repetía—. A paseo... a paseo...

Mary salió furiosa y se dio de manos a boca con Gonzalo, que regresaba a casa.

—¡Ya podías haber metido a esa mona en una jaula!—le gritó—. ¡Me ha hecho sonrojar!

—¿Ella a ti...? ¿No habrá sido lo contrario?—inquirió Gonzalo.

—¡Eso faltaba! ¡Insúltame tú ahora! ¡Si es lo que merezco, por tonta! ¡Te digo que lo nuestro ha terminado!—rugió Mary, marchándose ofendidísima.

Gonzalo entró en casa y se enfrentó con Angelita que todavía no había abandonado el vestíbulo.

—¿Qué es lo que has hecho?—le preguntó.

—La he mandado a paseo—replicó la niña, con sencilla naturalidad.

—¡Muy bonito! De modo que no sólo tratas de complicarme la vida, sino que obligas a mis criados a desacatar mis órdenes... ¡Y todo esto por meterte donde no te importa!

—¿Tío?... Eso de que me meto en lo que no me importa...—murmura Angelita.

—¡A hacer el equipaje! Sólo fal-

tan tres horas para la salida del tren!—grita Gonzalo, rabioso— ¡A escape, de prisa, sin conversaciones!

—Es que si no cojo hoy el tren...

—... lo cojo yo y lo paro para que te montes. ¡A hacer tu equipaje!—ordena, más severo aún.

—¡Y toda esta violencia y este enfado ya sé por qué son!—suspira, mientras amontona en la maleta, en confusa algarabía, todas sus cosas.—Y ya que me voy te lo diré francamente. ¡Porque quiero a un hombre... porque me he enamorado de un hombre! Y ni tus enfados ni tus prisas podrán arrancar ese cariño de mi corazón... ¡Este cariño que cada vez tira más de mí! ¿Para qué quiero vivir sin un alma que tenga interés en sentirme a su lado y separada del hombre a quien amo? ¡Todos tus escrúpulos y miramientos no son más que rabia, envidia, egoísmo de...!

—¿Ibas a decir de viejo? Dilo, ya puedes decirlo — interrumpe Gonzalo, dolido.

—Que lo digan tus años... que a esos no puedes mandarlos al colegio.

—No me ofendes, aunque eres injusta. Yo no me opongo a que quieras a un hombre.

—Es que aunque te opusieras sería inútil.

—Pero, ¿tanto le quieres?

—¡Mucho, tío!—suspira Angela, con toda su alma.— Para él mis pensamientos y mis sueños... Y no es éste un amor loco, no, tío. Nació de un sueño de colegiala; pero ahora, cuando me he asomado a la

vida, este sueño se ha convertido en una pasión serena y fuerte... ¿Es esto un delito? ¿Y es este motivo para que quieras echarme de casa? —le interrogó la niña con los ojos arrasados en llanto.

—No, Angela, no es eso. Es que me duele la decepción que tu conducta me ha producido — replica Gonzalo, que siente un nudo en el corazón que le sube a la garganta y amenaza ahogarlo.— Contigo, entré en esta casa de solterón, fría y desapacible, como un aire templado de juventud y de íntima cordialidad. Bien lo sabes. Al principio, tus esfuerzos por cambiar mi vida me producían una cierta perturbación en las costumbres y protestaba, pero experimentando—¿por qué no confesarlo?—una dulce alegría interior; la alegría de no sentirme solo en el mundo. Los años van haciendo menos posibles ciertas ilusiones... Y cuando una, quizá la última, ha levantado el vuelo en tu corazón y el pensamiento la recoge y la... —A Gonzalo el nudo se le hace cada vez más estrecho en torno a la garganta, está conmovidísimo y las palabras salen entrecortadas de sus labios.— ¡Si al menos el hombre elegido fuera digno de tu amor! ¡Pero Manolo...!

—¿Y es eso todo lo que has supuesto de mí?—pregunta Angelita, estallando en una carajada.— ¡Me voy! ¡Ahora sí que me voy! ¡No quiero vivir con tontos!

—¿Acaso eso de que quieras a Manolo también es una mentira?—pregunta Gonzalo, mirando fijamente a su sobrina.

—Mentira que quiero a Manolo. Mentira que me guste y mentira que me importe un comino. Pero como había dicho la mentira de que lo quería, tenía que decir la mentira de que me importaba y no he podido callar la mentira del comino.

—Entonces... ¿no es Manolo el hombre a quien quieres?

—No—niega Angelita muy seria. —El hombre a quien quiero es el que quería ya antes de salir del colegio—añade, separándose muy ruborosa del lado de Gonzalo, mientras sigue diciendo—. Su nombre lo llevo en esta medallita... con sus iniciales. La primera es una T y la segunda... una U.

—¿Tú?... ¿Yo?... ¿Digo?... ¿Es posible? —le pregunta Gonzalo, abriendo los brazos a su sobrina.

—¡Angela María!—exclama ésta arrojándose a ellos en un ímpetu juvenil y sencillo.

—¡Ay, Angela de mi alma! Voy a decirte una cosa: que soy un tonto y que esas iniciales coinciden con las de la mujer que va a ser mi esposa.

—¿Yo?—pregunta Angelita.

—Tú — afirma él, abrazándola con toda la fuerza de su alma.

¡Son felices! Cogidos del brazo llaman a grandes voces a Baldo y Cleofé, para dar las órdenes, porque ahora sí que debe marcharse inmediatamente. No puede permanecer ni un segundo más en casa de su tío, ahora que son ya prometidos. ¡Qué diría la gente! Quiere volver al colegio; hay que hacer el equipaje a toda prisa; el tren sale

dentro de dos horas, de hora y media quizá. Pero ¿dónde está Cleofé? ¡Y Baldo!... ¡Ea, pronto, pronto, que se va a hacer tarde! ¡El equipaje!

Cleofé no acierta con nada. Tiene los ojos enrojecidos de tanto llorar. Para una vez que a una le entran amores... ¡Y tener que marcharse en el momento en que era más feliz al lado del amado, de su Baldo querido, al que empezó odiando y había scabado amando con su alma inmensa (inmensa tenía que ser para llenarle aquel corpachón de casera vascongada).

Lo que no acierta a comprender Cleofé es la alegría desbordada de la señorita, porque también Angelita está enamorada, aunque no sabe de quién. ¿Por qué estará ahora tan contenta? También anda desconcertado el pobre Baldo, al que la noticia le sienta como un tiro. Y su admiración aun crece de punto cuando oye que su señorito dice:

—Bueno, pues, Baldo, pronto, de prisa, a escape, a hacer mi maleta, que nosotros también nos vamos.

—¿Dónde?—pregunta el criado, estupefacto.

—¡Al colegio! Para hablar con la directora, y que lo preparen todo... porque esta señorita... ¡se casa! ¿Dentro de...?—interroga a Angelita con la mirada.

—¿De dos meses!—responde ella.

—¿Ya te tenías novio?—inquiere Cleofé, pasmada.

—Uno de barba, moreno, bajito, regordete...—va explicándole Gonzalo.

—¿Y dónde vive?—inquire con curiosidad Cleofé.

—Se ha mudado — asegura Angelita, a quien la felicidad rebosa por todos los poros.

—¡Ya sé dónde! — prorrumpe Baldo emocionado; y abrazando a Cleofé, anuncia:

—¡Se preparan dos bodas!

—¡Ay, Baldo, qué "emoción"!— dice Cleofé muy ruborosa.

Todos se dirigen a la puerta, que abre Baldo, que ha recobrado su habitual seriedad.

—¡Adiós, tío! En la estación te esperamos.

—¡Adiós, Angelita!.. Y disculpa mis torpezas.

—Eres hombre... ¡Adiós!—le dice Angelita convencida de que el ser hombre es la mejor disculpa.

En dos vagones del rápido de Irún ha entrado la felicidad. En uno de ellos Cleofé le dice a Baldo:

—Y tú, ¿me serás siempre fiel?

—Si alguna vez te engañas, permítame Dios que te caigas de un balcón y me pilles debajo.

En el otro vagón, Angelita, sentada muy cerca de su tío, que va a ser su marido, dice:

—¡Tío, perdóname!

Gonzalo, a quien esta frase le escama sobremanera, le pregunta:

—¿Cómo! ¿Otra mentira?

—La última. Que eso de casarnos, he dicho dos meses... pero si pudieras adelantarle cuarenta o cincuenta días...

La sirena que anuncia la salida, no deja oír la contestación; pero la

cara de Gonzalo es la mejor respuesta, y su mirada la seguridad de que no transcurrirán muchos días sin que se realice el hermoso sueño.

La máquina, corriendo con la velocidad del rayo por entre campos y pueblos, va ajena a la felicidad que guarda en su seno; a la felicidad que cuatro corazones enamorados se comunican en un murmullo de palabras dulces, prodigándose las mejores caricias y esbozando el proyecto de una unión eterna y feliz.

No es difícil creer que la más sorprendida será la directora, que verá llegar a la niña y a Cleofé convertidas en dos perfectas enamoradas. Con toda seguridad que no dejará pasar mucho tiempo sin hacer una escapadita a Madrid... por si acaso.

FIN

NUEVA COLECCION DE GRAN EXITO

PELICULA GRAFICA

TITULOS PUBLICADOS

- | | |
|--|---|
| 1. El signo del Zorro, por Tyro-
ne Power. | 13. La quimera del oro, por Char-
lot. |
| 2. El libro de la selva, por Sabú | 14. Hace un millón de años, por
V. Mature, Carole Landis
Lou Chaney, Jr. |
| 3. ¡Qué verde era mi valle! por
Walter Pidgeon. | 15. El alegre bandolero, por Nino
Martini, Ida Lupino, Leo Car-
rillo. |
| 4. El hijo de Montecristo, por
Louis Hayward, Joan Bennett
y George Sanders. | 16. Texas, por William Holden,
Claire Trevor. |
| 5. El capitán Cautela, por Víc-
tor Mature, Bruce Cabbott y
Leo Carrillo. | 17. El hijo de la furia, por Tyro-
ne Power, Gene Tierney, etc. |
| 6. Estudiantes en Oxford, por
Stan Laurel y Oliver Hardy. | 18. La tía de Carlos, por Jack
Benny, Kay Francis, James
Ellison, etc. |
| 7. Cumbres borrascosas, por
Lawrence Olivier, Merle Obe-
ron y David Niven. | 19. Sendas siniestras, por Rán-
dolph Scott, Kay Francis,
Brian Donlevy, etc. |
| 8. La jungla en armas, por Gary
Cooper y David Niven. | 20. ¡Qué par de locos!, por Stan
Laurel y Oliver Hardy. |
| 9. El ladrón de Bagdad, por Sabú | 21. Guadalcanal, por Preston
Foster y Lloyd Nolan. |
| 10. Marineros a la fuerza, por Stan
Laurel y Oliver Hardy. | 22. Jack, el destripador, por Mer-
le Oberon, George Sanders y
Laird Cregar. |
| 11. Esmeralda, la zingara, por
Charles Laughton y Maureen
O'Hara. | |
| 12. Tarzán y la Diosa, por Her-
man Brix. | |

¡Inmejorable presentación!

¡¡Numerosas fotografías!!

PRECIO: 1 PTA.

Titulos varios en existencia

SCRIB "TRIUNFO"

PRECIO: 250 PTAS.

Barrios de Nueva York, por Jackie Cooper y Martin Schulman.
Amar inmortal, por Lillian Harvey y Louis Journe.
Al amillón y la dama, por Rosita Moreno.
Adolescencia, por Warner Baxter y Wallace Berry.
Cuando las sábanas caen, *Recuerdos de infancia y Cuentos revividos* (Serie Trío).
El suceso de Chan, *Charlie Chan en la plaza*, *Charlie Chan en la Opera* (Serie Trío).
Miner Wang en el Mar de China, por Boris Karloff.

PRECIO: 250 PTAS.

Bajo dos banderas, por Claudette Colbert y Ronald Colman.
El pequeño, por Pelagia y Lucien Bataux.
Correr de noche, por Marie Bel, Harry Hunt y Raiton.
Doctor intimo, por George Sanders y M. Mac-Guire.
Corazón de niña, por Jane Withers.
La misa de la, por Victor Francon y Marcelle Chantal.
Supremo destino, Edwige Feneille.
Un mundo en las periferias, por Margaret Lockwood, Barry Barlow.
Adorable intimo, por Judy Canova.
Una que llama amor, por Annabella y Henry Fonda.
Una entre un millón, por Booth Hodge y Don Ameche.
Camisita de playa, por Libertad Lamarque.
El caballo del amor, por Gene Covi y Lolita Yelida.
La ley agrada, por Michelina Fendler y Marcelle Chantal.
Piel de gato, por Ellen Broock y Arlene Lee.
La vida de Carlos Garret, por Hugo del Carril.
Por otro mundo, por Barbara Stanwyck y Richard Marshall.
Una en las nubes, por Alida Valli y Paolo Bonaiuti.
Melodías secretas, por Gino Cervi y Conchita Montenegro.
Historia de una noche, por Rahma Olmos y Santiago Arriola.
Lepia, por Milla Doreen.
Chispa, por Tyrone Power y Alice Faye.
Amor le habla, por Emma Gramatica y Leo Pola.
El joven Edmundo, por Mickey Rooney.
Angel, por Charles Boyer y Hedy Lamarr.
El esplendor perdido, por Spencer Tracy.
El mundo está loco, por Myrna Loy y William Powell.
Sole et vive una vez, por Henri Fonda y Sylvia Sydney.
El amor agrada, por Carole Lombard y James Stewart.
El signo de los yacuzzi, por Cary Cooper.
El castillo de las sirenas, por Boris Karloff.
Bela Lugosi y Peter Lorre.
Sueño de mujer, por Cary Cooper y Barbara Stanwyck.
Historias de mujeres, por Tyrone Power, Myrna Loy y George Brent.
Elle y su secretaria, por Rosalind Russell, Fred Mac Murray.

Una gran señora, por Barbara Stanwyck y Joel McCrea.

El rey de los mares, por Franchot Tone.
Expresa, doctor y enfermero, por Loretta Young, Warner Baxter y Virginia Bruce.
Sora, por Tyrone Power, Loretta Young y Annabella.
El signo del acero, por Tyrone Power.
Tu vida es mi vida, por R. Hertz y Josh Payne.
Siempre vivo, por Leslie Howard.
Al cielo de Andalucía, por Angelillo.
El hijo de Moctezuma, por Linda Hayward, Jack Bennett y George Sanders.
Que verde sea mi valle, por Walter Pidgeon.
El hijo del gangster, por Jackie Cooper.
La jungla es amor, por Cary Cooper.
Cambios de corazón, por M. Cheron y Laurence Olivier.
El castillo de la muerte, por Victor Mature.
Almuerzo para dos, por David Niven y Loretta Young.
Historias de mujeres, por Charles Laughton.
El mejor bandolero, por Nina Martin, I. Lapina.
Tarzan y la diosa, por Herman Brigg.
Hace un millón de años, por Victor Mature y Carmel Landa.
Hijo de la furia, por Tyrone Power, Gene Tierney, y George Sanders.
La tin de Carlos, por Jack Benny.
Bandas sinistras, por Randolph Scott, Kay Francis.
Torero, por W. H. Brown, George Teresi.
Un hombre invencible, por Mickey Douglas, Joan Bonnell.
Sombra de Nueva York, por Louis Hayward.
El hombre que vendió su alma, por Simone Simon y James Craig.
Unadecimena, por Francis Ford.
Ha vuelto aquella mujer, por Melvyn Douglas.
Lo que piensa las mujeres, por Boris Obozov y Maryn Douris.
Se ha perdido una millonaria, por Fredric March y V. Bruno.
La mujer fantasma, por John Hodiell y Roland Young.

SCRIB "PRODUCCION ESPANOLA"

La hermana San Sulpicio, por Imperio Argentina.
La hija de Juan Simón, por Angelillo, Pilar Mach y Carmen Amara.
La Dolorosa, por Conchita Piquer.
Santa Rosalia, por Rafael Alberti, Juan de Landa y Mimi Muñoz.
El iluso, por Isolda Hendy y Rafael Durán.
Piel de toro, por Lina Yagor.
Expusición, por Alfredo Mayo.
En secreto y al, por Amanda Vilas y Enrique Gontari.
Torero, por Imperio Argentina.
Sacrosanct, por Alfredo Mayo.
Pimienta, por Juanita Herman y Rafael Durán.
La doncella de la Noche, por Carmen Gracia y Lita Palla.
Una pareja de mujer, por Lina Yagor y F. Fernández de Córdoba.
Las milicias de Palencia, por Marta Bantola.
El Manantial, por Lita Palla.
Tormenta, por Rosalillo Castro.
En la casa de la Maravilla, por María José Kim, Lita Pallas y Michel.
Legión de héroes, por Emilia Bandolov, Mariela Nacher y Rosita Alba.

Parque se vi decir, por Pastore Peña y Luis Peña.
Five y Martana, por Blanca de Billo y Pastore Peña.
de Jorda, por Ana Mariacel y Enrique Quintan.
Siempre suépre, por Ana Mariacel y Enrique Quintan.
Se ha perdido un cadáver, por Roberto Font.
La vida está loca, por Justa Heredia e Ismael Heredia.
El vida en los años, por Ismael de Funes y Julio Peña.
Desconocimiento total, por Amparito Rivellés y Alfredo Mayo.

Un caballero famoso, por Amparito Rivellés y Alfredo Mayo.
Cinco años, por Luchy Soto y Carlos Muñoz.
El amor de los músicos, por Froyla de Andrade.
Arrabida toreros, por Alfredo Mayo y Sybela Moisés.
El amor de los años, por Alicia Romay y Jacinto Quintana.
Con los ojos del alma, por Matilde Vilquea.
F. Fernández de Córdoba y Moscoso Luna.
Una, él y sus mujeres, por Justa Heredia e Ismael Heredia.
Mocorosa, por Juanita Reina y Mirvet Ligero.
El fantasma y Dña Juanita, por Antonio Casal y Mary Delgado.

TITULOS EN EXISTENCIA:

Cancionero Regional, 250 canciones regionales de gran éxito. 15 fotografías.
Cancionero al día, 100 canciones modernos. 32 fotografías y biografías.
Cancionero de hoy, 120 canciones y 33 fotografías y biografías.
Cancionero de los éxitos, 150 canciones de gran éxito. Jazz-hot, Argentinos, Melodías, Cubanos, Yolos, «La Cienfuegos del Pelotas».
Cancionero del momento, 128 canciones de Jazz, Hot y Melodías, 25 fotos exclusivas.
Cancionero Flamenco, Repertorio, autores e intérpretes del día. 34 fotografías.
Cancionero -Pena y Alegrías-, La canción más dulce de Juana Venderma.
Cancionero de los Tránsitos Regionales, Los éxitos del día.
Cancionero Javal (Repertorio Alady Léps).
Cancionero -González Martín, Sus triunfales éxitos.
Precio: 2'50 ptas.

Cancionero Roberto Font, Las canciones más famosas de este gran artista. Biografía Anecdótica. Sus mejores chistes. Fotos exclusivas.
Precio: 3'00 ptas.

Emociones cinematográficas de un figurante (la vida de los extras en los estudios; alegrías y simpatías de sus vestros; los secretos del cine). 3'00 pesetas.

Ráfagas de humor, por Fidelio Triunfalón, 5'00 ptas. (Luchad hilacante. Optimista Agradable).

Recortes de Prensa, por Antonio Losada, 2'50 ptas. Los hechos mundiales más notables al día.

El hijo de Madame Butterfly, comedia de Enrique Castorena y Francisco-María Buitrago.
Precio: 3'50 ptas.

ORTEGA, MANOLETE y ARBUZA, por Juan Lara. Numerosas fotografías. - 2ptas.

Gran éxito actual:

Cancionero EXITOS DEL DIA

200 canciones de moda

Numerosas fotografías

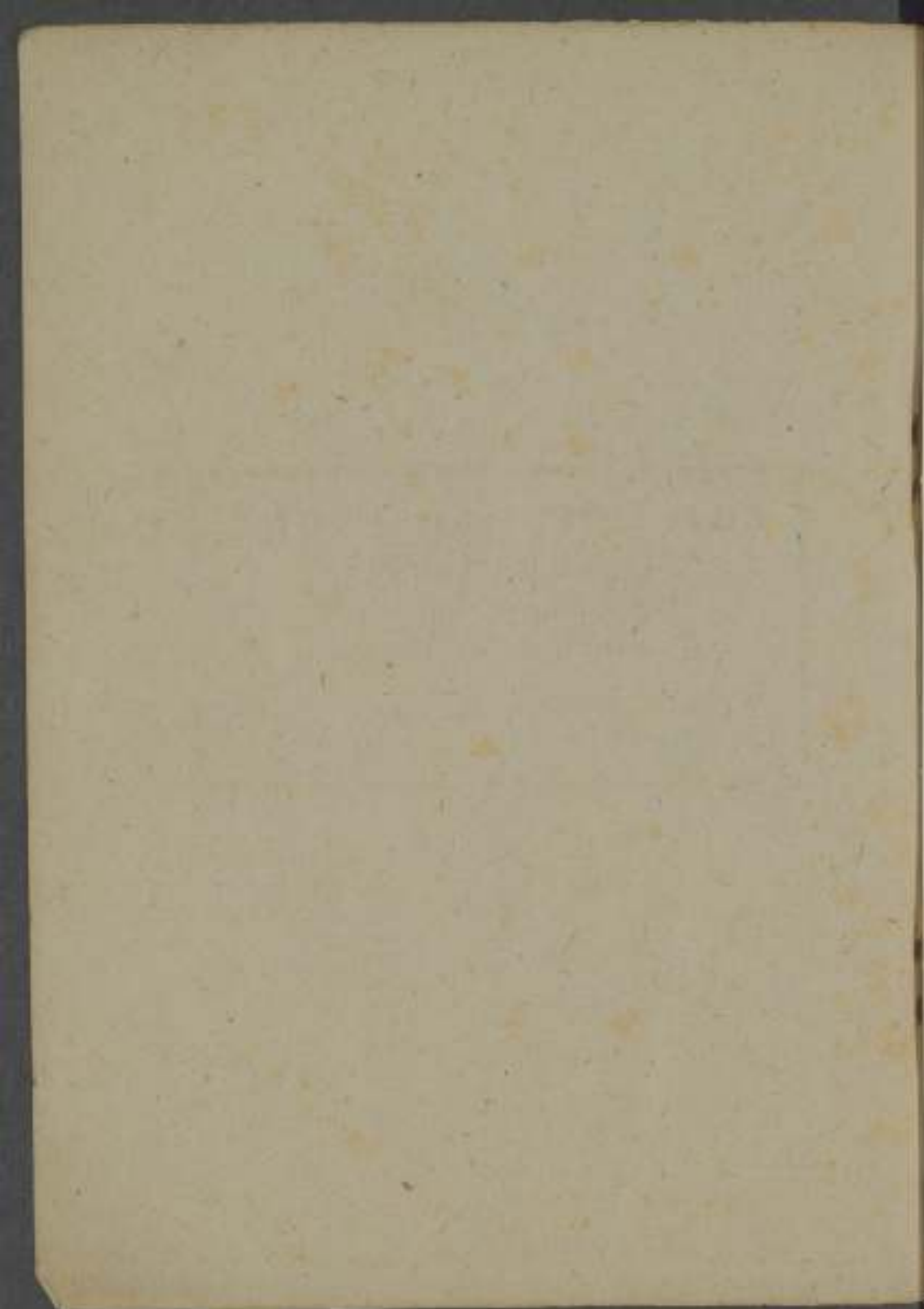
Precio: 2'50 ptas.

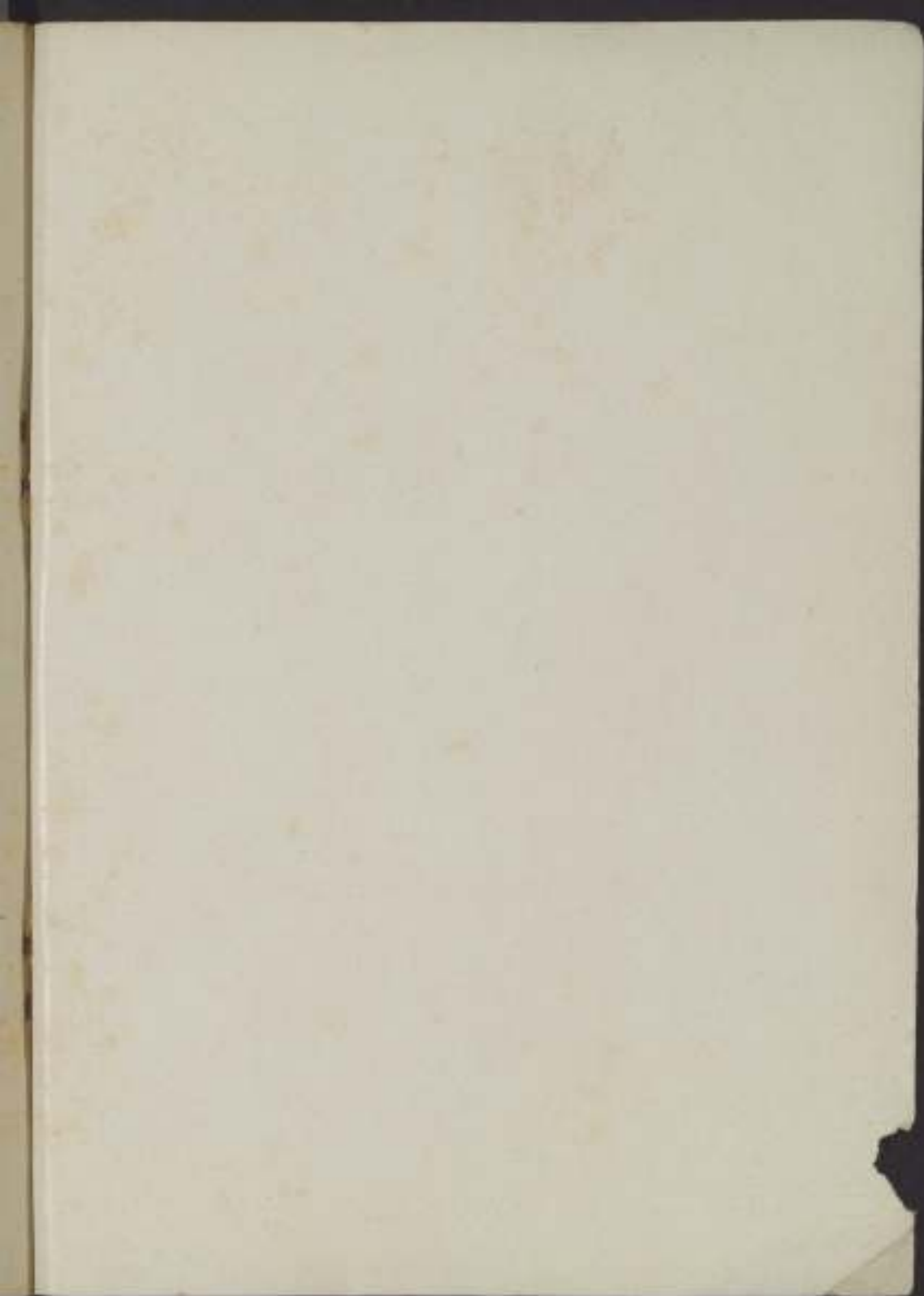
EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Barcelona







Cubierta, Imp. M. PELLICER

Mutunuc, 111-Teléfono 76132